ALISON GOLDEN

Grace Dagnall



UN MISTERIO DEL INSPECTOR DAVID GRAHAM

El Caso del Amor Oculto

ÍNDICE

Elogios para la serie de misterio del inspector David Graham
Libros de la serie del inspector David Graham

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Epílogo

El Caso del Héroe Caído
Capítulo 1
Libros de la serie del inspector David Graham
Sobre el autor
El Caso del Amor Oculto
Gracias

ELOGIOS PARA LA SERIE DE MISTERIO DEL INSPECTOR DAVID GRAHAM



"¡Bravo! Absorbente".
"Una lectura muy agradable".
"Es una novela de misterio maravillosa. Buena trama, buena investigación, buenos personajes y excelentes diálogos.
"¡Qué lectura tan espectacular!"
"Estoy enamorada de él y de sus colegas".
"Un misterio estupendo".
"Sin duda, estos libros tienen potencial para convertirse en una serie de la PBS con el simpático personaje del inspector Graham y sus compañeros".
"Una escritura deliciosa que no deja de moverse, nunca un momento aburrido".
"Sé que tengo un libro ganador cuando doy vueltas en la cama por la noche preocupándome por cómo les va a los personajes".
"Me encanta y me encanta la autora".
"Refrescantemente único y muy bien escrito".
"Una prueba sólida de que un libro puede basarse en una buena narración y una buena escritura sin necesidad de sangre o sexo".
"Esta serie es cada vez mejor".
"El inspector Graham es maravilloso y su forma de hacer las cosas de la vieja escuela, encantadora".
"Gran desarrollo de los personajes".
"Me entretuvo todo el día".
"¡Por favor, escribe más!"

LIBROS DE LA SERIE DEL INSPECTOR DAVID GRAHAM



El Caso de la Bella Gritona

El Caso del Amor Oculto

El Caso del Héroe Caído

El Caso de la Muñeca Rota

EL CASO DEL AMOR OCULTO

ALISON GOLDEN

GRACE DAGNALL



CAPÍTULO 1



El Constable Jim Roach se aseguró de que no le observaban y se tomó un largo momento para evaluar su aspecto en el espejo. Sabía que sólo tendría una oportunidad de causar una primera impresión, y estaba decidido a destacar como un hombre pulcro e íntegro; alguien a quien se le pudieran confiar las investigaciones más difíciles, quizá incluso las más peligrosas. El nuevo jefe bien podría ser su ansiado pasaporte al ascenso. Puede que Roach -la idea le hizo respirar entrecortadamente- incluso vea un cadáver por primera vez. Por eso valía la pena asegurarse de que su corbata estuviera recta, su uniforme impecable, los botones de la chaqueta relucientes y el pelo en su sitio.

Listo. Perfecto. Roach sonrió conspiradoramente al ver su cara en el espejo y regresó a la pequeña recepción de la comisaría, donde se afanó con una energía inusitada. "Shipshape y a la moda de Bristol", murmuró mientras enderezaba las sillas del vestíbulo y luego hojeaba con retraso el calendario de postales de Jersey de agosto a septiembre. Detrás del escritorio le esperaba un montón de trabajo de archivo, aplazado durante semanas pero realizado en unos seis minutos en cuanto se lo propuso. Metió una baraja de cartas en un cajón del escritorio. "Nada de solitario en este turno, agente Roach", se amonestó. "Al nuevo jefe no le gustaría".

Oyó unos pasos familiares que llegaban a la recepción desde el pequeño pasillo que había más allá, donde el "nuevo jefe" tendría su despacho. Le siguió una voz aún más familiar, cuyo acento cockney no había cambiado a pesar de llevar seis años en Jersey.

"Maldita sea, Jim". El hombre se detuvo y se quedó mirando. "¿Estamos intentando ganar un concurso o algo así?".

"¿Qué es eso, amigo?" preguntó Roach desde detrás del mostrador de recepción abatible.

"Nunca había visto este sitio tan ordenado", exclamó el fornido agente de policía. "¿Esperas compañía?

A Barry "Bazza" Barnwell no había nada que le gustara más que molestar a su colega más joven, sobre todo cuando a Roach se le escapaba su deseo de progresar en la policía. Barnwell era mayor que Roach, pero se conformaba con seguir siendo lo que él llamaba un "policía de ronda", mientras que Roach soñaba con los galones de sargento y mucho más. Scotland Yard. CID. Perseguir terroristas, traficantes de drogas y asesinos. Allí estaba la acción. La comisaría de Gorey, tan poco desafiante como Barnwell, no era más que un trampolín para el agente Roach.

"Nunca está de más dar lo mejor de uno mismo", dijo Roach, mientras seguía ordenando montones de papeles detrás del escritorio.

"¿En qué estás pensando, eh?" preguntó Barnwell, apoyándose en el escritorio. "¿En cuanto

llegue Mister Alto y Poderoso, te enviará en comisión de servicio al maldito SAS o algo así? 'Nuestro hombre en Tánger' dentro de un mes, ¿no?".

"Bazza", respondió Roach con cansancio, sacando brillo al muy maltratado escritorio con un plumero amarillo. "Puede que tú seas feliz en esta islita, pero yo tengo aspiraciones".

"¿Las tienes, por Dios?" se rió Barnwell. "Bueno, yo que tú iría al médico. Suena doloroso. Por no hablar de un peligro probable para ti y para los demás".

Roach le ignoró, pero no había mucho más en qué ocuparse durante aquella tranquila mañana de verano. Además, Barnwell se estaba divirtiendo demasiado.

"No estoy seguro de que estés hecho para la policía armada o los antidisturbios", dijo Barnwell. ¿"Capi" como tú? ¿Cuánto llevas, cinco detenciones... y tres de ellas por evasión de impuestos?".

Esto enfureció a Roach. "Estaba aquel imbécil de la playa que intentaba hacerle cosas a aquella chica. ¿Lo recuerdas? Salvé su honor".

Barnwell se rió al recordarlo. "Oh, sí, fue un trabajo policial de primera. Ella sólo estaba allí porque él ya le había pagado cincuenta libras, imbécil. Y él sólo lo intentaba -añadió Barnwell- porque se había emborrachado en el Lamb and Flag y apenas podía ni....".

Salvado por el teléfono. Tenía un timbre anticuado -Roach había insistido-, no uno de esos molestos tonos a medias que hacían bip-bip, sino un auténtico tintineo telefónico.

"Policía de Gorey, al habla el agente Roach", dijo, ignorando el descenso de Barnwell hacia el suelo de la recepción en un ataque de risa. "Sí, señor", dijo Roach secamente. "Entendido, señor. Esperamos verle entonces, señor". Colgó el auricular.

"Ha olvidado lo de 'tres bolsas llenas, señor'", dijo Barnwell.

"Reúnete, compañero", anunció Roach con determinación. "Se acerca nuestro nuevo señor".

"¿Quién?" preguntó Barnwell, enderezándose la corbata y mordiendo los restos de su risa.

"El nuevo DI, fulano innombrable. Y si me haces aparecer, que me ayudes ....".

Roach volvió a convertirse en un torbellino, ajustando cuidadosamente la hora en el gran reloj de pared, uno que parecía llevar un siglo de trabajo constante en la sala de espera de una estación de tren. Luego, para interminable diversión de Barnwell, Roach regó las plantas, incluido el arbusto incongruente pero agradablemente tupido del rincón, antes de dirigirse a las oficinas traseras.

El pasillo conducía al nuevo despacho de la inspectora. Lo habían reformado apresuradamente en cuanto les comunicaron el nuevo nombramiento. Roach ya sabía que estaba "en condiciones". También había un segundo despacho ocupado por la sargento Janice Harding. Janice era su superior inmediata, pero dadas las travesuras habituales de los dos alguaciles, a menudo se sentía más como una niñera o la señora de la cena de la escuela media.

"Sargento, viene del aeropuerto en taxi", anunció Roach.

"Oí el teléfono hace cinco minutos, Roach", se quejó el sargento Harding, poniéndose en pie de repente. "¿Por qué has tardado tanto en decírmelo?".

Normalmente inmune a cualquier tipo de alteración, resultaba tan singular como divertido ver a Janice tan alterada por la recién llegada. Roach sospechaba que su interés se debía menos a la posibilidad de progresar en su carrera que a la reputación del nuevo inspector como atractivo y encantador a la antigua usanza. Últimamente no había tenido mucha suerte con los hombres, reconocía Janice, un punto especialmente preocupante dada la limitada oferta de solteros elegibles en Jersey. Y, con Harding acercándose rápidamente a su "Gran Tres-Oh", ya era hora de que eso cambiara.

Janice se bajó la falda e, ignorando la amenazadora presencia de Roach en la puerta, se

arregló el pelo en el espejo.

"¿Y bien, Roach? La recepción está..."

"En orden y a la moda de Bristol", informó orgulloso el agente Roach. "Y su despacho está tal y como lo pidió".

"¿Y el agente Barnwell?", preguntó. Janice se inclinó hacia él y susurró: "No habrá bebido, ¿verdad?".

"No que yo sepa", respondió Jim en un susurro.

"Bien. Nos vendría bien no tener que lidiar con esas tonterías, precisamente hoy".

Apartó a Roach de su camino y llevó a cabo su propia inspección de la pequeña comisaría. Roach se encogió de hombros cuando Janice encontró varias cosas que mejorar -enderezó el mapa enmarcado de Jersey de la pared principal y los dos retratos de anteriores jefes de policía- y luego fue a buscar a Barnwell, que estaba en la trastienda de la comisaría, donde guardaban el equipo y otros objetos que no se necesitaban a diario.

"Recuerda lo que te he dicho", dijo Roach con toda seriedad. "Profesionalidad y respeto, ¿me oyes?".

"Alto y claro, Roachie", bromeó Barnwell, colgando los uniformes de repuesto en una fila ordenada. "Me aseguraré de que no se empiece con mal pie".

Roach le miró inseguro. "¿De verdad quieres estar aquí dentro cuando llegue? ¿O detrás de tu mesa, que es donde debes estar?

"Estaré donde me toque estar, colega", fue la respuesta inflexible de Barnwell.

CAPÍTULO 2



La suerte quiso que Roach respondiera a una llamada de un ciudadano cuando entró el nuevo inspector. Fue un alivio para Roach no tener que parecer ocupado mientras anotaba los detalles de una bicicleta robada durante la noche en un cobertizo de un jardín trasero a unos kilómetros de distancia.

El inspector Graham llevaba una maleta negra en cada mano y vestía un elegante traje gris oscuro. El sargento Harding le estaba esperando. "Detective inspector Graham, me alegro mucho de conocerle y de darle la bienvenida a Gorey", sonrió. "Espero que su vuelo haya sido tranquilo y sin incidentes".

Graham dejó las maletas con un suspiro de alivio y le devolvió la sonrisa, tendiéndole la mano. "Muy tranquilo, gracias, sargento".

"Oh, puedes llamarme Janice", dijo ella, el doble de coqueta de lo que había planeado y el triple de lo que Graham habría preferido.

"¿Y éste debe de ser el agente Roach?", preguntó él, acercándose al escritorio con la mano extendida, justo cuando el hombre alto y pelirrojo terminaba de llamar.

"Encantado de conocerle, señor -dijo Roach, tal como había practicado. Estuvo a punto de hacer una reverencia, pero se detuvo justo a tiempo.

"¿Algo interesante? dijo Graham, mirando el teléfono.

"Una moto robada, cerca del campo de golf. No es raro en esta época del año. Iré dentro de un momento a tomar declaración", dijo Roach. Estaba satisfecho de cómo sonaba. Profesional, al tanto de todo.

Apareció el único otro nombramiento permanente de la emisora. Harding lo presentó. Roach observó el comportamiento del nuevo jefe, que se fijó en la corpulenta estatura del agente Barnwell con curioso interés. ¿Buscaba señales de bebida? Roach se preguntó si ese dato de inteligencia se había filtrado a Londres o no. Si era así, ¿qué sabían de él los altos mandos? ¿Graham estaba aquí para asegurarse de que se dieran todas las oportunidades posibles de demostrar su valía a un piloto en potencia? Un futuro dorado se le ofrecía a Roach en aquellos embriagadores momentos. Luego volvió a la tierra.

"Aceptaré esa declaración", le dijo Janice con cierta brusquedad. "Puedo hacerlo cuando haya dejado a la DI Graham en la posada de la Casa Blanca".

Roach se dio cuenta enseguida de que no habría discusión alguna sobre este punto. Al parecer, quince minutos a solas en un coche con el recién llegado bien valían el tedioso trabajo de tomar nota de esta queja rutinaria.

"Muy bien, sargento", respondió Roach. "Le gustará el White House Inn, detective inspector. Bonito lugar". Se quedó pensativo un segundo. "Espacioso".

"Seguro que sí", le dijo David Graham, rechazando un cortés ofrecimiento de ayuda con sus maletas. Las metió en el maletero del único coche de policía azul y blanco de la comisaría y, todavía adulándolo como una adolescente, Janice lo condujo por la carretera de la costa hacia su alojamiento.

"Has llegado justo en la mejor época del año", se entusiasmó Harding. "Los turistas pueden ser una pesadilla, pero nunca parece haber más de los que podemos atender", dijo. "Será un gran cambio respecto a Londres".

Graham estaba empapándose del paisaje: las casas pequeñas y ordenadas junto a la carretera, las granjas con nubes esponjosas y andantes que debían de ser ovejas, la agradable mezcla de bochornoso calor veraniego y energía optimista y divertida por la que Jersey se había hecho famosa. Cuando se acercaron a los acantilados sobre los que se alzaba la posada White House, los verdes campos dieron paso a un océano azul resplandeciente y al puerto deportivo que había más allá. Ambos estaban repletos de embarcaciones de recreo de todos los tamaños.

"Precioso", dijo Graham. "No se parece mucho a Londres, en eso tiene razón, sargento Harding".

Los turistas se reunían en pequeños nudos, comiendo helado, decidiendo dónde almorzar tarde, a veces entrando en alguna de las tiendas locales para aprovisionarse.

"La Posada de la Casa Blanca está ahí arriba", señaló Harding. Era un edificio imponente y sólido, de nombre acertado. Su pintura brillaba a la luz del sol de primera hora de la tarde. A Graham le recordaba a un castillo rural francés, desarraigado y colocado en aquel imponente acantilado, que ofrecía quizá las vistas más espectaculares y tranquilas de la isla.

"Un pequeño B&B habría servido, ¿sabes?", admitió Graham.

"Tonterías", dijo Harding, haciéndole un gesto para que se marchara. "Queríamos que te sintieras bienvenido aquí. Estaré encantado de ayudarte a encontrar un lugar más permanente, pero estoy seguro de que de momento estarás a gusto en la Posada de la Casa Blanca. Su salón de té tiene los mejores pasteles de Jersey y..."

"¿Hay un salón de té?" interrumpió Graham, picándole la curiosidad al instante.

"Tienen todos esos tipos de té 'frou-frou', si te gustan esas cosas". Harding se rió entre dientes. "¿Por qué?

"Por nada", respondió Graham, conteniendo su entusiasmo. "Es bueno saberlo", añadió con una leve sonrisa.

El vestíbulo era un buen presagio, de techos altos y decorado con gusto, con papel pintado floreado, estatuas y un venerable reloj de pie que daba las dos en punto justo cuando él se registraba.

"Ah, sí, detective inspector Graham", dijo el empleado, encontrándolo rápidamente en la tableta del mostrador de recepción. "Le he puesto en una de nuestras habitaciones más bonitas, con vistas al puerto deportivo".

"Espléndido", dijo Graham. "¿Está ocupado el hotel en este momento?".

Con el pelo negro peinado hacia atrás con abundante gomina, el empleado recordaba a Graham a un extra de una novela pulp ambientada en los locos años veinte. Sólo le faltaba el bigote de lápiz y una rápida ráfaga de Charleston.

"Casi lleno, me alegra decir. La mayoría de larga duración", dijo, y luego dio más explicaciones al ver la expresión inquisitiva de Graham. "Jubilados, señor, gente que prefiere llevar un estilo de vida más activo e independiente que el de las residencias de ancianos de la

isla. Hay muchas cosas que hacer", dijo, entregándole a Graham un folleto que había detrás del mostrador. "Vela, natación, windsurf, pesca.... Suficiente para mantener a cualquiera alejado de los problemas". El hombre guiñó un ojo.

"¿Problemas? dijo Graham, rápidamente.

"Sólo era una broma, señor. Espero que tengas una estancia tranquila en Jersey. Me alegra decir que somos un grupo poco espectacular. Aquí no hay demasiados gángsters", añadió, arriesgándose a otra "bromita".

"Espléndido", volvió a contestar Graham mientras ojeaba el folleto. "Desharé la maleta y luego quizá pruebe una tetera de uno de sus famosos tés".

"El mejor de la isla, señor", dijo con orgullo el empleado, entregándole a Graham su llave. "Espero que disfrutes de tu estancia". El hombre dio unos golpecitos en su tableta y se dirigió a dar la bienvenida a un trío de alemanes de aspecto cansado que sudaban profusamente por el peso de tres maletas realmente gigantescas.

Hombre viajado y bastante sofisticado a pesar de sus rústicas raíces de Yorkshire, a Graham no le impresionaban fácilmente las habitaciones de hotel, habiendo visto muchas. Sin embargo, su habitación en el White House Inn era grande, con una cama cómoda y maravillosamente decorada. Tenía unas vistas impresionantes del océano, el puerto deportivo y la playa de Gorey. Graham abrió las ventanas de par en par y respiró profundamente tres veces el aire puro del mar.

"Totalmente adecuado", musitó para sí antes de dirigirse al salón de té con la esperanza de tomar un delicado Assam o Darjeeling. "Sí, claro. Esto estará bien".

CAPÍTULO 3



Casi ciento metros más abajo, una figura alta y decidida -podría decirse que con porte militar- recorría la playa en su paseo vespertino. El coronel Graves, un hombre cuyo mantenimiento del título militar no era una mera afectación, sino también una declaración de sus valores, hundía su alto bastón en la arena con una precisión mecánica que, por su propio ritmo, le complacía enormemente. Siempre había pensado que era importante mantener las rutinas. Sobre todo durante la jubilación, cuando, en ausencia de cuidados y disciplina, uno era propenso a volverse torpe y flácido, dos cosas que eran anatema para el ex oficial de setenta años.

Con una camisa azul de cuello abierto y pantalones cortos caqui planchados, el coronel Graves era en todo el sentido de la palabra el jubilado autoexiliado, disfrutando del sol y gastando sus ahorros ganados con tanto esfuerzo. La vida de servicio le había dejado poco tiempo para la familia e incluso para cortejar. Había habido mujeres, por supuesto, pero ninguna que hubiera querido quedarse con el tipo de hombre que se iba a la guerra cada pocos años, volviendo cada vez un poco más cínico, un poco menos seguro de su creencia en la bondad fundamental de la humanidad, y cada vez más viejo que antes. Había sobrevivido a los cazabombarderos argentinos que ametrallaban su barco en las Malvinas, a los mejores esfuerzos de la Guardia Republicana de Sadam Husein y a seis meses entre los talibanes de Helmand antes de que algo en él dijera basta. Y así, a Jersey, donde se dedicó a mantenerse en forma, visitar las antiguas fortificaciones alemanas de la Segunda Guerra Mundial y vigilar a la Srta. Perfecta.

O, se rió entre dientes, sólo se vive una vez: la Sra. Perfecta.

Fue su atención, que no dejaba pasar ni un detalle, lo que le llevó a un descubrimiento desgarrador e, incluso para un militar, insoportablemente horripilante.

Justo donde la playa se unía al dique, la arena se hinchaba formando una miniduna, de un metro y medio de altura, salpicada de mechones de hierba y una lata de cerveza desechada, observó Graves con desagrado. Pero entonces había algo más, que atrajo su atención porque no pertenecía en absoluto al lugar.

Era una mano humana, delicada y pálida.

"Bueno, ¿qué demonios...?", murmuró sombríamente.

Lo primero que pensó, dada la ubicación, fue que podría tratarse de alguien arrastrado a la playa desde el océano. Tal vez un emigrante desafortunado, muerto por ahogamiento o exposición y depositado aquí con la marea alta. No sería su primer encuentro con un cadáver, pero una playa tranquila de esta idílica islita era el último lugar donde esperaría ver uno. Frunció el ceño y se acercó lentamente a la ligera elevación de la duna, observando la mano como si

pudiera transformarse en algo inocuo, y este extraño momento pudiera descartarse entonces como no más que un motivo para visitar al oculista.

El coronel Graves se arrodilló junto a la duna y apartó con cuidado un poco de la arena que cubría lo que era la piel casi translúcida de un antebrazo inanimado. Al examinarlo más de cerca, el coronel supo de inmediato que no se trataba de un solicitante de asilo desaliñado. Tampoco se trataba de una broma de niños que enterraban a su madre en la arena y luego se olvidaban de ella mientras los helados y las bebidas llamaban a su puerta.

Había una pulsera de plata, bastante cara, que ahora brillaba bajo el sol. Y me resultó familiar al instante.

"Oh, no", se estremeció Graves. "Cielo santo, no...".

"Policía de Gorey, al habla el agente Barnwell". Las maneras brillantes y alegres de Barnwell contrastaban notablemente con el tono de esta llamada, sólo la tercera del día. Era el sonido de un hombre que aún luchaba por controlar sus emociones a pesar de décadas de práctica.

"Sí, soy el coronel George Graves, y llamo desde la playa, justo enfrente del muelle y a unos diez metros al oeste de las escaleras de piedra que bajan de la posada de la Casa Blanca", dijo el comunicante. Barnwell, impresionado por la precisión del coronel, empezó a tomar notas de inmediato. "¿Sí, señor?"

Graves tomó aire. "Hay... Bueno, un cadáver aquí".

Las cejas de Barnwell se alzaron. Hizo un gesto hacia el despacho donde Roach estaba rellenando un informe. "¡Entra aquí!", gritó.

"Ya veo, señor", dijo Barnwell al teléfono, con su tono más profesional y sobrio. "¿Has comprobado si hay señales de vida?".

"Sí, y me temo que no hay ninguno", dijo Graves con sobriedad. "No hay pulso. Y... bueno, creo que puedo conocerla".

Las pobladas cejas negras de Barnwell volvieron a alzarse. Sólo por un segundo, Barnwell sintió que podía estar a punto de oír a un hombre confesar un asesinato. Se le aceleró el corazón.

"¿Puede identificar al fallecido, señor?".

Graves se aclaró la garganta y se mordió las ganas de dar rienda suelta a algunas de las emociones que sentía. No era justo. Se habían conocido hacía sólo unos meses, justo después de que Graves llegara a Jersey.

"Creo que es la doctora Sylvia Norquist. Es residente en la Posada de la Casa Blanca. Tengo...", empezó, luchando contra sus primeras lágrimas en muchos años, "no tengo ni idea de cómo ha llegado hasta aquí".

Barnwell observó que no había confesión. Sus hombros se hundieron.

"Bien, señor. Has hecho lo correcto. Y lamento tus molestias. Da la casualidad -dijo, con una mano en alto y dando vueltas en su continuo esfuerzo por alertar al agente Roach- de que nuestro nuevo detective inspector acaba de registrarse en la posada White House. Le informaré de lo ocurrido y le pediré que se reúna contigo inmediatamente".

"¿Tengo que hacer algo?" quiso saber Graves. "¿Llamar a su familia?"

"Esperemos a que haya una identificación formal. ¿Quieres quedarte donde estás por el momento? El detective inspector Graham estará contigo en breve".

"Por supuesto", dijo Graves. Se acuclilló incómodo junto a la duna, con una parte de él que necesitaba sostener la mano pequeña y blanca como la ceniza, otra que le repugnaba y otra que

estaba atónita ante la continua y dura irracionalidad del mundo.

"Oh, querida mía", susurró, y una sola lágrima rodó finalmente por su rostro. "Mi querida niña. ¿Qué ha pasado?"

CAPÍTULO 4



El inspector David Graham encontró a Graves sentado en la arena, un poco alejado del lugar donde estaba el cadáver. El anciano parecía destrozado, ceniciento, viejo más allá de sus años.

"¿Coronel Graves?"

Graves se levantó y le tendió la mano, más por costumbre que por un impulso de amistad. "A tu servicio.

"Lo siento mucho, señor. Tengo entendido que la conocías". A Graham le resultaba siempre problemático elegir las palabras más apropiadas en aquellas situaciones. Referirse a la difunta en pasado tendía a reforzar la implacable realidad de la pérdida, pero hablar de la víctima en presente parecía extraño, incomprensible, una forma de negación.

"Bastante bien. Estábamos..." Hizo falta todo el entrenamiento del militar para mantener la compostura. "Iba a pedirle que se casara conmigo". La mirada del coronel Graves se tornó distante, los músculos de su mandíbula se tensaron rítmicamente cuando empezó a lidiar con el dolor de su pena, con la promesa perdida de felicidad que tan brutalmente le habían arrebatado.

Graham sacó su cuaderno y empezó a tomar notas. "¿Y cuándo vio por última vez al Dr. Norquist, señor?".

Graves pensó un momento. "Cenamos hace dos noches en un restaurante junto al puerto deportivo. Estaba de muy buen humor, llena de vida", dijo con gran dolor. "Ambos somos residentes en la Posada de la Casa Blanca", siguió explicando.

"¿Pero aún no te habías declarado?". preguntó Graham con toda la sensibilidad que pudo.

"No", dijo Graves, sacudiendo la cabeza con tristeza. "Debería haber aprovechado mi oportunidad, ¿eh, detective inspector?". Graves sintió la necesidad de sentarse de nuevo, con las piernas inestables y el equilibrio traicionándole. "Oh, Dios, la pobre chica...".

Graham sacó su teléfono, apartándose de Graves para enmascarar sus palabras entre el ruido de las olas.

"¿Barnwell? Sí, estoy aquí con el coronel Graves. Necesito una ambulancia -discretamente, Barnwell, no armemos jaleo si podemos evitarlo-... y al patólogo..... Buen hombre. Tan rápido como puedas. Y manda a Harding que consiga una habitación en la posada de la Casa Blanca. Sylvia Norquist".

Graham se tomó un momento para deletrear el nombre. Se volvió para ver a Graves, que miraba inconsolable a lo largo de la playa de arena, y volvió a hablar por teléfono.

"Eso es todo por ahora, Barnwell".

Dos agentes voluntarios de apoyo a la comunidad, con sus túnicas amarillas reflectantes, mantenían a raya a una pequeña multitud mientras el Dr. Marcus Tomlinson y su ayudante retiraban con delicadeza suficiente arena del cadáver para llevar a cabo su investigación inicial. Tomlinson era un veterano con cuarenta años de experiencia en este tipo de escenas. Patólogo desde poco después de licenciarse como médico, era minucioso y perspicaz. Poco se le escapaba. Llevó a Graham a la orilla para que pudieran hablar sin ser oídos.

"La hora de la muerte será difícil de determinar. La arena, el mar y el aire salado se combinan para alterar el estado del cuerpo". Tomlinson se mostró compungido.

"¿Puedes darme alguna pista?"

"Mi mejor suposición es que en algún momento de las últimas dieciocho horas. Me temo que no puedo ser más preciso".

"Hmm". Graham se sorprendió. "¿Así que pudo acabar aquí en mitad de la noche, o desplomarse a mediodía en una playa concurrida?", dijo, pensando en voz alta. "Y cualquier cosa intermedia".

"Hay que reconocer", añadió Tomlinson, "que se desplomó en uno de sus tramos más tranquilos". Ambos miraron a su alrededor y observaron lo apartado del lugar, bajo la escalinata pero alejado del tramo de arena más ancho y popular. "Sabré más cuando terminemos los análisis toxicológicos y la autopsia", dijo Tomlinson a Graham, "pero de momento no podemos descartar el juego sucio".

"¿Ah, sí?" dijo Graham. La complejidad del caso se disparó ante sus ojos.

"Tiene unos sesenta años y, según el coronel, una salud robusta, aparte de necesitar una doble prótesis de cadera. Aunque se lo oigas decir a menudo a los no iniciados -advirtió Tomlinson-, por lo general la gente no se desploma y muere de forma inesperada. Tras cuatro décadas en este negocio, me he convertido en un firme creyente en la causa y el efecto. Además, estaba enterrada. Hoy hace viento, pero no tanto como para haber levantado arena hasta ese punto".

"¿Entonces crees -preguntó Graham, con la voz deliberadamente baja a pesar de las olas que rompían a pocos metros- que fue asesinada?".

Tomlinson se encogió de hombros. "Como he dicho, no hay forma de saberlo hasta que se haga la autopsia". El patólogo se encogió de hombros y cerró su cuaderno. Al igual que Graham, era un hombre de papel y bolígrafo. "Aquí mismo, ahora mismo, apostaría cincuenta guineas y una cena en el Palacio de Bangkok a que la doctora Norquist no murió ni por su propia mano ni por causas naturales".

El inspector Graham maldijo en voz baja. "¿Sabes que sólo llevo aquí cinco minutos?", musitó en voz alta.

"Y aquí no hemos tenido un asesinato desde que los hermanos Newall se cargaron a sus padres por el dinero de la herencia, cuando tú estabas en la universidad", replicó el hombre mayor. Le dio a Graham una palmada de camaradería en la espalda. "Bueno, inspector Graham, bienvenido a la Bailía de Jersey".

CAPÍTULO 5



Sra. Marjorie Taylor, la matrona propietaria de la Posada Casa Blanca, estaba atrapada entre momentos de gran ansiedad, auténtica pena y su deseo de ser lo más útil posible a la policía. No podía creer que una dama refinada y gentil como Sylvia Norquist -respetada oncóloga y pilar de su unida comunidad- les hubiera sido arrebatada tan repentinamente. Tan terriblemente. Hacía sólo un par de horas que había almorzado. Pero como buena ciudadana y posadera que era, la Sra. Taylor se esforzó por encontrar un equilibrio entre ayudar a la policía y llevar a cabo el tan necesario control de rumores, no fuera a ser que de repente sus huéspedes se marcharan en masa en un ataque de pánico y arruinaran su temporada de verano.

"Intentaremos causar el menor trastorno posible", le informó el inspector Graham durante una breve reunión en su despacho, junto al vestíbulo del hotel. "Pero es importante que nadie, excepto la policía, entre en su habitación. Podemos prescindir de la cinta de 'Precaución policial' por todas partes", le aseguró, "pero debemos ser minuciosos".

"Agradezco tu discreción", dijo Marjorie. "Esto es tan... horrible".

Era la misma palabra que todos parecían utilizar al enterarse de la triste noticia. "Demasiado horrible", dijo uno. "Simplemente horrible", comentó otro. La única persona que no había dicho tal cosa era el agente Roach, que no sólo veía un resquicio de esperanza en esta nube, sino también una nube cargada de oro. Y oro para hacer carrera. Apenas podía creer su suerte. Estaba investigando un asesinato.

La de Sylvia era una habitación esquinera de la tercera planta, lo que significaba, para alivio de Marjorie Taylor, que la policía podía reunir pruebas sin molestar al resto del hotel. Aun así, la visión de los uniformes azules provocó algunos sobresaltos, y la difusión de la noticia trajo un ambiente tenso y preocupado al lugar. Marjorie dijo al personal del salón de té que renunciara a las facturas de todo el mundo durante el resto del día y al personal del bar que hiciera lo mismo por la noche. Era lo menos que podía hacer, se dijo.

La habitación del Dr. Norquist estaba limpia casi hasta la obsesión.

"No hay signos de lucha", concluyó el agente Roach casi nada más entrar en la habitación.

El sargento Harding le apartó con un codazo. La inspectora Graham la siguió.

"Gracias, Sherlock", susurró con fuerte sarcasmo. "Cuando termines aquí, podrás volver a buscar a Jack el Destripador. De momento, vigila las escaleras como te he dicho. Y haz compañía a la señora Taylor. Está un poco nerviosa con todo lo que está pasando".

"Sí, señora. Que no suba nadie sin que usted lo diga -respondió Roach con brusquedad, ocultando lo dolido que se sentía por su tono. Referirse a su jefa como "señora" era por el bien de

Graham. Ella era "Janice" o "Sarge" habitualmente y, por unos momentos, Roach albergó cierta animadversión hacia ella. Cuando dentro de unos años publique mi libro revelador y me convierta en una celebridad mediática de la lucha contra el crimen, te arrepentirás del día....

"Así que el Dr. Norquist estuvo aquí a la hora de comer", dijo Graham, mirando alrededor de la sala.

"Eso parece, señor", respondió Harding.

"Y pidió el pescado", observó Graham. "La mayoría sin comer, además". Encima de la cómoda de roble de la habitación había una reluciente bandeja de plata con un solo plato, un pequeño jarrón con una brillante margarita y cubiertos. Graham olfateó la comida. "Guindilla, jengibre, lubina... ni rastro de que el pescado estuviera pasado", concluyó.

Harding se metió las manos en los guantes de látex y pinchó el pescado con el tenedor de Sylvia. "Si el pescado hubiera estado tan podrido como para envenenarla, ¿no se habría notado mientras lo comía?".

"Sí, podemos descartarlo", le dijo Graham, anotando los detalles en su cuaderno. "¿Señora Taylor?", la llamó. "¿Sabe quién le ha traído hoy la comida al doctor Norquist?".

La señora Taylor apareció por la esquina de la puerta; el agente Roach, intensamente curioso, revoloteaba tras ella.

"Habrá sido Marcella", respondió. "Una chica encantadora". La señora Taylor se volvió hacia Harding. "De Lisboa. Deja la bandeja delante de la puerta y llama. Ésa ha sido siempre nuestra política".

"Así que ella no habría entrado en la habitación. ¿Habría oído algo a través de la puerta?" preguntó Graham.

"No tenemos por costumbre -replicó Marjorie un poco a regañadientes- escuchar a las puertas de nuestros huéspedes, inspector. Sylvia tenía un amigo y uno nunca sabe lo que puede oír. Mis invitados son gente muy reservada. Sabe, podría pensar todo el día y todo el año que viene, y aún así no se me ocurriría ni una sola alma que pudiera querer hacer daño a esa querida dama."

Graham terminó sus notas y volvió a deslizar el cuaderno en el bolsillo de la chaqueta. "Pues sospecho que alguien lo hizo, señora Taylor", dijo Graham con sobriedad. "Y me temo", añadió frunciendo el ceño, "que lo tienen delante de nuestras narices".

CAPÍTULO 6



Sentado resueltamente erguido, mirando al mar desde su mesa junto a la ventana, el coronel Graves ignoró la tetera que le tendía el preocupado y comprensivo personal de la posada White House. Cuando Graham se acercó, Graves hizo ademán de levantarse, pero el detective le hizo un gesto para que permaneciera sentado.

"Descanse, coronel", dijo Graham, pero se arrepintió de la ocurrencia. No era momento para frivolidades. Graham veía que el coronel se había recompuesto un poco desde su encuentro en la playa, pero ambos sabían que Graves cargaría con el peso emocional de su terrible descubrimiento durante el resto de su vida.

"¿Ha encontrado algo nuevo, detective inspector?". preguntó Graves. Seguía teniendo un aspecto ceniciento y desgastado, pero su espalda recta y su dicción entrecortada le daban un aire estoico, como el de un hombre obligado a enfrentarse a la peor de las noticias, pero que lo hace con gracia y determinación.

Una de las camareras más experimentadas del salón de té, la mencionada Marcella de Portugal, se acercó con su bloc de notas, y Graham no pudo evitar pedir una jarra de jazmín de Fujian.

"Nada concreto", admitió a Graves. "En este momento, se trata más bien de eliminar líneas de investigación. Sabemos que Sylvia no se envenenó con su almuerzo, pero eso es todo hasta ahora".

"¿Envenenada?" Graves pronunció la palabra en un tono bajo y atónito. "¿Así que fue deliberado?"

Con cuidado, Graham dijo: "No debemos sacar conclusiones precipitadas, y menos tan pronto". Marcella volvió con la bandeja del té y Graham se sirvió el té con una fluidez de movimientos casi ritual. "Estoy esperando noticias del patólogo. Lo siento -dijo, encontrándose con la mirada del anciano-. "Esto debe de ser horrible".

El coronel Graves suspiró. "¿Sirvió usted, detective inspector? He visto cosas tan espantosas que he jurado no hablar nunca de ellas con nadie". El coronel Graves se inclinó hacia delante, apoyando las manos en el tablero de la mesa. "A tus amigos y a tus enemigos les ocurren cosas que los seres humanos nunca deberían hacerse unos a otros. Pero -dijo, enderezando de nuevo la espalda- así es la guerra. Uno hace lo que es necesario. Pero Sylvia no estaba en guerra, detective inspector. Nunca hizo daño a nadie. Eso es lo que más me molesta".

Graham se fijó en la palabra "madres". No era lo que el coronel quería decir, pero encajaba con un hombre entrenado en el arte del autocontrol, bien ejercitado en mantener oculto lo que no

debía hacerse público. Graham sentía auténtica simpatía por él, y por eso le molestaba la necesidad de eliminar a Graves de la investigación.

"Coronel, siento preguntarle esto, pero...".

"¿Dónde estaba yo hoy a la hora de comer?". terminó Graves por él.

"Como he dicho, lo siento...".

"Está siguiendo el procedimiento, detective inspector. Me habría sorprendido que no me lo hubieras preguntado. Y también un poco decepcionado".

"¿En serio?" preguntó Graham, levantando la taza lo suficiente como para disfrutar de la oleada floral de jazmín que flotaba en su té.

"Sylvia iba a ser mi esposa", dijo Graves solemnemente. "Al menos, si hubiera aceptado mi propuesta habría llegado a serlo. Y yo esperaba que lo hiciera, ya sabes". Volvió a ponerse nostálgico. "No soy la mejor presa del océano, de eso estoy seguro, pero habríamos sido felices juntos. Eso es todo lo que cualquiera de nosotros quiere, ¿no?".

Graham se sintió reconfortado por esta faceta más filosófica del coronel, pero era consciente de que Graves aún no había respondido a su pregunta. "Entonces, ¿a la hora de comer?", dijo. "Sólo para mis notas".

"Estuve hablando por teléfono con mi agente inmobiliario en Londres durante una hora, en total. Un asunto jodidamente tedioso, pero había que hacerlo. Intento ganar unas libras en Estados Unidos reformando rápidamente casas en zonas deseables. Comprarlas, arreglarlas y venderlas, ya sabes. Toma", dijo, entregándole a Graham su teléfono móvil. "Puedes consultar el historial de llamadas. No hace falta orden judicial", añadió.

"No será necesario", dijo Graham, convencido en privado de que no estaba en compañía de un asesino. Había habido un destello de preocupación justo después de que Graves admitiera que tenía intención de declararse a Sylvia. El coronel difícilmente habría sido el primer hombre que reaccionara mal ante una negativa, pero no había nada en su comportamiento que sugiriera que no estaba triste y desgraciadamente afligido.

"Quería venir a mis paseos vespertinos", continuó Graves. "Siempre me dirijo a la playa durante uno o dos kilómetros después de comer. Pero Sylvia sufría terriblemente con sus caderas".

Graham volvía a escribir. "¿Era muy grave?", preguntó.

"Lo bastante grave como para que apenas pudiera bajar las escaleras de la playa sin ayuda", dijo. "Las escaleras eran tremendamente dolorosas para ella. Sin el ascensor, habría estado confinada en la planta baja de este lugar -explicó, mirando alrededor de la sala de té de la Posada de la Casa Blanca.

Al instante, Graham empezó a preguntarse cómo había conseguido Sylvia Norquist bajar las escaleras hasta la playa. ¿Habría estado en compañía de alguien? ¿Quizá un asesino? ¿Y por qué se sometería a un paseo tan penoso? Graham tomó otra nota y luego deslizó el cuaderno hasta el interior de su chaqueta.

"Bien, coronel, si se le ocurre algo que pueda ayudarnos, póngase en contacto con nosotros". Graham terminó su copa y se levantó, tendiéndole la mano.

Graves hizo lo mismo, con un apretón firme a pesar de la ligera inestabilidad de sus piernas. "Lo haré. Se inclinó hacia él. "Me avisarás, ¿verdad? Si encuentras a quien ha hecho esto".

"Por supuesto", dijo Graham. "Serás el primero en saberlo", mintió.

CAPÍTULO 7



El vestíbulo de la posada White House estaba misericordiosamente despejado de huéspedes preocupados, lo que permitió a la señora Taylor seguir contando al sargento Harding y al agente Barnwell hasta el último detalle que se le ocurrió sobre sus huéspedes y sus relaciones con Sylvia Norquist. Los policías se estaban formando una imagen de una dama tranquila pero afable, respetada y admirada. Algunos de los invitados habían declarado haber visto a Sylvia y al coronel Graves cenando juntos algunas noches, o tomando tranquilamente el té de la tarde en el hotel. Se pensaba que la pareja era adorable.

La Sra. Taylor lo expresó como sólo ella podía hacerlo. "Dos personas solitarias, proporcionándose mutuo consuelo y compañía en sus últimos años. Era suficiente para calentar el corazón".

Sin embargo, junto a las historias de un romance floreciente, estaban los inicios de lo que el inspector Graham sabía que podrían convertirse en pistas. Necesitaba desesperadamente información que pudiera sacar este caso del tipo menos bienvenido para un detective; uno en el que la víctima había sido encontrada sola, había pocas pruebas forenses, ningún testigo y ningún sospechoso o motivo inmediato. Graham odiaba esos casos, pero transformó esa emoción en la determinación de reunir más pruebas, interrogar a más gente y molestar al laboratorio hasta que dieran con algo más concreto que las educadas conjeturas de Tomlinson.

"Háblame de los Pilkington", dijo, leyendo el nombre de la lista del sargento Harding de las personas a las que había que interrogar. "Aquí dice que conocían al doctor Norquist".

"Ah, sí", dijo enseguida la señora Taylor. Estaba demostrando ser todo un almacén de cotilleos, lo que la convertía en una fuente de información ideal en un caso como éste. "Son amigos desde hace mucho tiempo. Podría equivocarme -dijo con cautela-, pero creo que el señor Pilkington estuvo a las órdenes del doctor Norquist durante un tiempo."

La carcajada ingenua y apenas contenida de Barnwell provocó una rápida reformulación por parte de la señora Taylor. "Quiero decir que era su paciente", aclaró, con la cara roja. "Cáncer, creo". Dio un manotazo en el brazo uniformado de Barnwell a modo de reprimenda risueña.

Graham hizo caso omiso de la comedia y continuó. "Me gustaría hablar con los dos. ¿Están aquí en este momento?"

Janice y Graham dejaron a Barnwell en el vestíbulo y la señora Taylor los dirigió a la habitación de los Pilkington. Janice llamó a la puerta. La abrió una pareja. Tenían unos sesenta años. La señora Pilkington estaba maquillada, con el pelo moreno recogido y pulverizado.

"Sr. y Sra. Pilkington, siento molestarles, pero estoy segura de que se han enterado...". La

pareja hizo un gesto a la DI Graham y al sargento Harding para que entraran en la habitación. Ocuparon un sillón esquinero y el asiento forrado de cuero del escritorio. Graham se dio cuenta enseguida de que los Pilkington eran una pareja acomodada y sofisticada. Su habitación era tan pulcra como lo había sido la de Sylvia, pero sus pertenencias hablaban de dinero; un pañuelo de pashmina hecho a mano, un bolso de Gucci y el señor Pilkington, de pie, con un inmaculado traje de Savile Row.

El demacrado Pilkington, de rostro alargado, no dijo nada, contento de dejar hablar a su mujer. "Sylvia era nuestra médica en Londres", dijo la Sra. Pilkington. Estaba sentada en el borde de la cama, con el bolso Gucci bien sujeto, como si alguno de los recién llegados fuera a llevárselo. "Curó el cáncer de Nigel. Es una doctora increíble", exclamó, como quien describe a una nueva peluquera que no puede dejar de probar.

"¿Sabías -preguntó Harding- que estaba aquí, en Jersey? Ya sabes, antes de que llegaras".

Anne Pilkington negó con la cabeza. "Qué casualidad encontrarme con ella aquí".

Pero entonces oyeron la voz de Nigel, grave y triste. "Lo sabía. La doctora Norquist es la razón por la que animé a Anne a trasladarse aquí este verano. He estado viéndola, ya ves".

La señora Pilkington se giró de pronto para mirar a su marido. "¿Nigel? ¿Por qué no...? Quiero decir... ¿Cómo has podido...?".

Graham no estaba dispuesto a ser testigo de una pelea doméstica improvisada, así que la interrumpió. "¿Cuándo, Sr. Pilkington?

"La primera vez fue hace unas seis semanas", dijo, un poco más confiado ahora, como si la presencia de los agentes de policía pudiera protegerle de la repentina y creciente ira de su mujer. "La conocí en el pueblo", sonrió débilmente, antes de captar la expresión furiosa de Ana y flaquear ligeramente.

"¿Y pasasteis algún tiempo juntos?" preguntó la sargento Harding con delicadeza. Alivió a Graham oír que su tono no llevaba ninguna insinuación, pero eso no sirvió de nada para calmar a la señora Pilkington, cuyas suposiciones sobre la infidelidad de su marido eran tan claras como las letras de su bolso Gucci.

"Nos pusimos al día, como hacen los viejos amigos", explicó, con rostro inocente. Graham se preguntó por qué su mujer se había precipitado a las suposiciones y a la ira, y concluyó que, como en la mayoría de los matrimonios largos, había trasfondos que los demás nunca podrían conocer. Secretos que nunca podrían ver la luz del día, no fuera que el delicado castillo de naipes se viniera abajo. "La vi el... qué sería", buscó en su memoria, "a finales de la semana pasada. Tomamos un café en el pueblo".

"¡Dijiste que ibas a correos a enviar una tarjeta a Margaret tras la muerte de su perro!". exclamó Anne Pilkington con un rugido furioso. Graham juzgó su reacción acorde con el hecho de que su marido hubiera confesado haber matado al perro durante un trastornado ritual satánico, y no con algo tan benigno como tomar un café con su antiguo médico. "¿Por qué?", preguntó ella, con lágrimas en los ojos.

Mientras la pareja se enfrentaba en un silencio pétreo y acusador, el sargento Harding llamó la atención de Graham y exclamó: "¿Qué demonios?".

Graham se encogió de hombros con auténtica confusión. Estas parejas mayores, pensó para sí. Sus padres eran iguales. Cuarenta y un años de matrimonio y aún podían enfadarse por la cosa más sencilla.

Pero aquel intercambio de palabras entre la pareja de ancianos amenazaba con hacer descarrilar la entrevista y podría limitar la información que obtuvieran sobre las idas y venidas de Sylvia. Graham intervino.

"Sra. Pilkington, estamos intentando hacernos una idea de los hábitos y las relaciones de Sylvia. De momento, su único romance parece haber sido con el coronel Graves, y estuvieron a punto de comprometerse". Esperaba que esta noticia aplacara la cólera de Anne Pilkington.

"¿Parece que lo estuvieron?", exigió, casi chillando al detective.

"Anne, escucha", dijo Nigel en el tono lastimero de un hombre totalmente desinteresado en una prolongada discusión con su histérica esposa. "Necesitaba su consejo. Es... bueno, debería habértelo dicho hace meses, pero...".

La expresión de Ana cambió tan rápidamente como una nube cubre el sol. "¿Nigel? ¿Qué pasa, cariño? Dímelo".

Nigel miró torpemente a los dos oficiales, y Graham estaba a medio camino de ponerse en pie antes de que Nigel volviera a hablar. "El cáncer. Ha vuelto. Y es malo".

Jesús. Graham observó a los dos abrazarse y consolarse mutuamente durante un incómodo minuto antes de que quedara claro que no sabrían nada más hasta que la pareja se reuniera.

"Nos vamos", exhaló Harding. "Gracias por vuestro tiempo y... sentimos vuestros problemas. A los dos".

Graham asintió en señal de aprobación y se marcharon, cerrando la puerta en silencio. "¿Conclusiones, sargento Harding?" preguntó Graham mientras se dirigían por el pasillo hacia las escaleras.

"No te cases con una loca desconfiada", dijo ella.

"Muy gracioso. ¿Crees que la señora Pilkington era auténtica? Quiero decir -dijo él, deteniéndose en lo alto de la escalera-, ¿se enteró por primera vez de que Sylvia y su marido se conocían de nuevo?"

Harding se encogió de hombros. "A mí me pareció bastante convincente, señor. Si aquello era actuación, merecía un Oscar. ¿Por qué lo preguntas?"

El cuaderno de Graham volvió a salir. "Porque si tenía sospechas de una aventura entre los dos, podría haber asesinado a Sylvia para ponerle fin".

"Pero eso significa que, si lo que dice es cierto y sólo se reunía con ella para pedirle consejo, asesinó al doctor Norquist por nada".

"Sí".

"¡Caray!", dijo Janice, mirando hacia la escalera mientras procesaba esta información.

Mientras lo hacía, Graham tomaba una serie de notas con su característica letra cursiva, herencia de una estricta escolarización y de su pasión por la pulcritud. Su bolígrafo sólo se detuvo cuando vieron a Marcella en el pasillo.

CAPÍTULO 8



"¿podrías decirme de quién es esta habitación? preguntó Graham a Marcella cuando se detuvo junto a la puerta de la habitación de un huésped. La diminuta mujer, de unos veinte años, supuso Graham, cogió una bandeja de comida que había delante de la puerta.

"Alice", dijo al principio, pero luego se corrigió. "Señorita Swift". Marcella se sintió visiblemente incómoda. "Le llevo el almuerzo todos los días", dijo, con su acento portugués alargando el sonido vocálico hasta que la palabra se acercó más a "lanzar". "¿Algún problema?"

"No, no", le aseguró Graham. "Continúa con normalidad, por favor".

Marcella parecía agradecida de que la excusaran, pero se debía más a las dificultades para comunicarse con la policía que a cualquier implicación nefasta en los acontecimientos del día. Graham llamó a la puerta con tres rápidos golpecitos.

"¿Marcella?", sonó una voz desde dentro.

"No, es la policía de Jersey, señorita Swift. ¿Podemos hablar?" gritó el sargento Harding.

"¿La policía?" dijo Alice, parpadeando, mientras abría la puerta. Luego su tono se suavizó y su rostro se desencajó. "Oh, supongo que están aquí por esa pobre mujer".

"Sí, me temo que sí", le dijo Graham.

"Es algo terrible. Pasad -dijo Alice, haciéndoles señas para que entraran. Graham vio que su habitación era bastante más austera que la de los Pilkington. Aunque lo mismo podría decirse de Harrods. Un artilugio de madera dominaba la habitación. Tardó un momento en identificar lo que era.

"Eres tejedora", dijo finalmente Graham, admirando el trabajo de Alice. "Qué maravilla. ¿Es un hobby o tu profesión?".

Alice volvió al taburete de madera junto a su telar, pero se giró para mirar a los dos oficiales. "Diría que un poco de ambas cosas", respondió Alice. A punto de cumplir los cuarenta, estaba lejos de ser poco atractiva, pero había algo en su carácter que le hizo sospechar un poco. "Estoy pensando en abrir mi propia tienda en Londres", añadió.

"¡Maravilloso!" volvió a decir Graham. En su fuero interno, se preguntaba por el sentido económico de semejante empresa, pero cuando a alguien le mueve la voluntad de conseguir algo, a menudo encuentra la manera de hacerlo. O aprende una costosa lección.

"¿Has averiguado algo más sobre Sylv-, quiero decir, la víctima?". La pregunta iba dirigida al sargento Harding. Janice había retrocedido para permitir que Graham interrogara a la Sra. Swift. El sargento se había dado cuenta de que una de las ventajas de su encanto natural y sus modales autoritarios era que las testigos femeninas se mostraban más comunicativas.

"Bueno, la investigación no ha hecho más que empezar", le dijo Harding. "No hemos hecho más que empezar".

Alice se apartó el pelo de los ojos y volvió a mirar a Graham. "¿Seguro que no puedes creer que lo haya hecho uno de los invitados?", dijo.

Algo hizo clic en la mente de Graham. "¿Hizo qué?", preguntó.

"Quiero decir..." empezó Alice. "Sólo tenía sesenta años, ¿no? Eso no es edad, hoy en día. Es poco probable que haya sido por causas naturales, aunque nunca se sabe, a veces la gente cae muerta sin una buena razón".

Graham echó un vistazo a la habitación, observando las bobinas de tela, los botes de tinte y pintura cuidadosamente alineados sobre la chimenea, los hilos más pequeños cuidadosamente envueltos en plantillas del tamaño de tarjetas de visita y guardados en una cesta, ordenados por tonos.

Volvió a pensar en el comentario de Tomlinson sobre la playa. "De hecho, casi nunca se producen muertes inesperadas por causas naturales", dijo, casi para sí mismo. Alice lo observó distante durante unos instantes. Entonces, Graham recordó la bandeja del almuerzo.

"¿Puedo preguntarle qué ha comido hoy, señorita Swift?".

Sorprendida y entornando los ojos hacia el detective, Alice respondió: "Bueno, no creo que eso tenga nada que ver".

"Responda a la pregunta si no le importa, señorita Swift". El suave codazo de Harding fue suficiente.

"Pollo con coco y arroz", dijo Alice. "El chef ha estado añadiendo al menú algunos almuerzos ligeros de temática asiática. Estaba muy rico. No demasiado picante".

Incluso antes de que acabara su descripción de la comida, Graham se centró en el tapiz que estaba a medio terminar en el telar de Alice. Primero le llamó la atención el azul celeste del océano, y luego dos veleros que corrían codo con codo, con las velas ondeando. Más allá, en la orilla, los espectadores saludaban alegremente bajo un cielo salpicado de tenues nubes.

"Esto es fantástico", dijo.

Alice brillaba de orgullo. "Es un regalo de boda para el hijo de un amigo. Se casa con una marinera de Sevenoaks, pero jura que la convertirá en marinera".

"Muy imaginativo", continuó Graham, atrayendo una ceja levantada de Harding. Utilizar el encanto propio para animar a un testigo reacio era una cosa, pero aquello estaba mucho más cerca del simple flirteo. Sintió una punzada de celos. Alice era inteligente y creativa, probablemente también había viajado mucho, y qué hombre dejaría de sentirse impresionado por aquellos rizos preciosos y despreocupados, y por la forma en que su vaporoso vestido hippie se ceñía a su pecho como un lienzo sobre un bastidor, o incluso como los hilos de su telar.

"Sargento, creo que hemos terminado aquí", le dijo Graham. "Gracias por su tiempo, señorita Swift".

La artista se levantó y estrechó la mano de Graham, conformándose con saludar simpáticamente al sargento Harding. Janice fingió una sonrisa e intentó dejar a un lado sus pensamientos malhumorados. Intenta ganarte la vida trabajando, cariño. Coser bonitos dibujos de barcos no es eso. ¿Una tienda en Londres...? Dame un respiro.

Fuera, Graham captó la expresión abatida de Janice. "¿Un sospechoso?", preguntó.

No era lo que Harding esperaba. "¿Por qué iba a serlo? Bajaron juntos las escaleras. "Apenas parecía conocer a Sylvia, y no veo ningún motivo. A menos que Sylvia insultara a uno de sus cuadros de puntadas".

"Tapices", la corrigió Graham. "Y ella tiene verdadero talento".

"Un par de ellos, por lo que parece", refunfuñó Harding, sotto voce.

CAPÍTULO 9



El Dr. Tomlinson, muy alegre, entró en la recepción de la comisaría, deslizó una carpeta en el escritorio del agente Barnwell y le dio dos golpecitos con el dedo. "Dile a tu nuevo jefe -dijo con orgullo el anciano patólogo- que me debe una cena en el Bangkok Palace".

El análisis toxicológico había sido devuelto en un tiempo récord, en parte a instancias del inspector Graham, pero sobre todo porque Tomlinson sentía verdadera curiosidad por saber la verdad. En Jersey, los asesinatos no se contaban por docenas. En el tiempo que llevaba aquí como patólogo, sólo se había ocupado de cinco, y ese récord se remontaba a principios de los años ochenta. Había habido suicidios, por supuesto, algunos de los cuales habían levantado inicialmente sospechas de juego sucio, pero las pruebas habían confirmado rápidamente lo contrario. En la mayoría de los casos, Tomlinson se vio obligado a presentar el triste y lúgubre dictamen de que otro ambicioso corredor de bolsa había mordido más de lo que podía masticar y había acabado sus días en el puerto o en un apartamento de lujo en compañía de una botella de whisky y unas pastillas. En definitiva, era mucho más CSI-Jersey que CSI-Nueva Jersey.

"De acuerdo. Vamos allá". Graham le hizo señas a Tomlinson para que tomara asiento en su despacho, y el hombre mayor cerró la puerta. El DI había vuelto a la comisaría desde el White House Inn para repasar lo que habían descubierto hasta entonces. Estaba disfrutando de la segunda taza de té del día, cuyos aromas vigorizantes y ligeramente florales aportaban una bienvenida elegancia a su despacho desnudo y poco impresionante.

"Asfixia", enunció Tomlinson. "Es lo único de lo que estoy seguro en este momento".

Graham volvió el informe para mirarlo y examinó sus conclusiones. "¿Antes de que la enterraran en la arena, o después?".

"Antes", confirmó Tomlinson. "No hay rastro de arena en sus vías respiratorias. Era de esperar", explicó, "si estaba viva, aunque estuviera inconsciente cuando la enterraron".

A diferencia de la mayoría de los policías e incluso de los ciudadanos, Graham sabía que la asfixia era un modo de morir, no una causa. "Entonces, ¿qué la mató?"

Tomlinson recuperó el informe y tomó asiento, haciendo una mueca de dolor al doblarse sus viejas rodillas. "Bueno, es relativamente sencillo. Todo depende del peso de los pulmones".

"¿Los pulmones?" preguntó Graham, cogiendo su cuaderno.

"Los pulmones pesados indican que el corazón de la víctima siguió latiendo durante un tiempo -quizá hasta veinte minutos- después de que cesara la respiración".

Esto era nuevo para Graham. "¿Tanto tiempo?

"Sorprende, ¿verdad, la determinación con que el espíritu humano se aferra a la vida, incluso

cuando se ha perdido toda esperanza y las funciones cerebrales están condenadamente cerca de cesar? Pero los pulmones de Sylvia no pesaban más que los tuyos o los míos".

Graham sumó dos más dos. "Así que su corazón se detuvo más o menos al mismo tiempo que dejó de respirar".

"O incluso antes", añadió Tomlinson.

"¿Pero por qué?"

"Ahí es donde me tienes", confesó el patólogo. "Ahora mismo, no tengo una razón. Algo hizo que se le parara el corazón, pero por lo demás, estaba perfectamente sano".

"Entonces, ¿qué crees que ocurrió?" preguntó Graham, curioso por saber si el hombre más viejo y experimentado tenía alguna teoría.

"Mi opinión no ha cambiado desde que la vi en la playa. Apostaría mi último céntimo y todos los demás a que la muerte de Sylvia Norquist no fue un suceso natural. Como dije entonces, la gente rara vez se desploma sin más. Además, si murió tranquilamente por causas naturales en su habitación de hotel, ¿quién, en nombre de Dios, encontraría el cadáver y lo arrastraría escaleras abajo para enterrarlo en la arena?".

"Entonces, es un asesinato", respiró Graham. "¿Estás seguro?"

"Como en Navidad. La cena corre de su cuenta, detective inspector".

Graham asintió. No estaba seguro de si las conclusiones de Tomlinson eran buenas o malas noticias. Una parte de él había estado deseando que el prematuro fallecimiento de Sylvia Norquist fuera el resultado de una extraña manifestación de causas naturales. Que un asesino estuviera al acecho en la posada de la Casa Blanca era inquietante, sobre todo dada la escasez de motivos aparentes. Al menos, hasta el momento.

"¿Cuál es tu mejor conjetura sobre la causa de la muerte?", preguntó, presionando deliberadamente a Tomlinson.

"Un veneno", dijo enseguida el patólogo. "Algo que provoque la parada del organismo, del corazón y de la respiración. Pero no estoy seguro. ¿Podríamos preguntar a los médicos locales si han recetado algo que pudiera causar una sobredosis? ¿Algo que no aparezca en un análisis toxicológico?".

"Es una posibilidad remota", replicó Graham. "La mayoría de esas cosas están ligadas a la confidencialidad del paciente. Podrían pasar semanas antes de que consiguiéramos una orden para registrar los historiales de cualquier médico, aunque pudiéramos identificar al médico que lo recetó. Y debe de haber docenas, incluso en un lugar tan pequeño como Jersey".

"Hay veintinueve", respondió Tomlinson secamente. "Conozco a la mayoría. Podría correr la voz, ya sabes, a ver si aparece algo".

"¿Como qué?" preguntó Graham, devolviéndole la carpeta.

"Oh, ya sabes, una 'petición especial' de un paciente que se presenta en la consulta del médico sin los síntomas adecuados, o uno que parece estar fingiendo. No reparten dosis potencialmente mortales de medicamentos recetados como si fueran caramelos, ¿sabes?". Tomlinson devolvió la carpeta a su maletín médico de cuero y cruzó las piernas.

"Entonces, ¿supongo que no había nada anormal en la comida de Sylvia?". preguntó Graham.

"Ese pescado -confirmó Tomlinson con una floritura- no tenía ni siquiera un conocimiento pasajero de sustancias tóxicas. La comida de la Posada de la Casa Blanca no es exactamente cordon bleu, pero tampoco necesita estar acordonada". Ambos hombres se permitieron una rápida carcajada ante aquel humor negro.

"Y ahora, ¿qué me dices de su dolor de cadera?". preguntó Graham.

Tomlinson frunció el ceño. "Grave. Muy doloroso. Un vistazo a las articulaciones de su

cadera me dijo que de ninguna manera habría subido voluntariamente una larga escalera de piedra, a menos que hubiera George Clooney al otro lado. E incluso entonces habría sido una lucha monumental".

"¿Tomaba analgésicos?"

"Nada fuera de lo normal", respondió Tomlinson. "Y desde luego nada en cantidades que pudieran matarla".

Graham cambió de táctica. "¿Y la hora de la muerte? ¿Pudiste concretarla?"

"Lo siento, amigo. La respuesta a ese pequeño misterio zarpó con la marea. Había demasiadas variables confusas".

Graham suspiró y pensó en voz alta. "Una mujer envenenada por algo que come o bebe, no lo denuncia ni pide ayuda, y acaba en la playa a pesar de estar medio lisiada, donde está medio enterrada en la arena".

"Es una putada, ¿verdad?". ofreció Tomlinson, poniéndose en pie para marcharse.

"Sí", respondió Graham, distraído. "Desde luego que lo es".

CAPÍTULO 10



La Sra. Taylor se esforzaba en señalar lo desesperadamente que quería ayudar. "Pero si mis clientes ven policías husmeando en la cocina -dijo con el ceño fruncido-, se irán directamente a los restaurantes de la ciudad y no volverán a comer aquí. Ese restaurante supone un tercio de mis ingresos anuales", explicó.

"Créame, señora Taylor -le dijo Graham-, seremos todo lo discretos que podamos. Sólo seremos minuciosos, ya sabe".

Los escoltaron hasta las cocinas como si los llevaran en secreto a la guarida de una secta reclusa. La Sra. Taylor incluso se detenía a cada paso para comprobar el pasillo que tenían delante y, en un momento dado, comentó que "no había moros en la costa". A la sargento Harding todo aquello le pareció muy divertido, pero ocultó sus risitas tras la manga del uniforme. Su nueva jefa no parecía un hombre para nimiedades cómicas, ni le gustaba parecer aniñada e insensible. Más bien al contrario.

"Haré que el personal vuelva aquí para ser entrevistado", anunció la señora Taylor cuando llegaron al almacén fresco y seco que había detrás de las cocinas. "Hay escotillas de servicio que dan al comedor desde la cocina, pero aquí dentro no os verán".

Graham reconoció desde el principio que tendría que consentir la fijación más bien paranoica de la señora Taylor por la delicada sensibilidad de sus invitados. Admitiría que ver a agentes uniformados husmeando en una cocina no era precisamente un buen reclamo para la oferta culinaria de la Posada de la Casa Blanca, pero sólo hacían su trabajo.

Marcella trabajaba a última hora de la tarde como camarera y ayudante general de cocina, junto a otros cinco empleados. Tres eran empleados de larga duración, los demás eran temporeros. Uno llevaba seis veranos seguidos trabajando en el White House Inn. "Me gusta la isla y me gusta la Sra. Taylor", les dijo la joven sous-chef. "¿Cómo se puede superar el sol, los bajos impuestos y tener unas playas estupendas justo bajando las escaleras?".

"Cómo, desde luego", comentó Graham. "¿Por casualidad llevas un registro de los pedidos de desayuno de los huéspedes?"

"Ah, sí", contestó el cocinero. "Tenemos que hacerlo, por si hay alguna metedura de pata en la facturación". Buscó rápidamente el pedido de Sylvia y lo leyó en voz alta, como si ordenara a su personal que lo preparara una vez más. "Muesli, el pequeño plato de fruta, tostadas y mermelada, un huevo cocido, té y zumo de naranja". Volvió a levantar la vista. "Lo exprimimos nosotros mismos, cada mañana. Absolutamente mágico".

Graham lo anotó todo, como de costumbre, y los demás esperaron pacientemente mientras él

inscribía los detalles. "¿Y su almuerzo? ¿La has preparado tú?"

El sous-chef volvió a comprobar las hojas de pedido, hojeándolas. "Está en la habitación 211, ¿verdad? Siguió buscando. "Sí, aquí está. En realidad, estaba haciendo la quiche de verduras. Su pedido habría ido a Santi, el otro cocinero del almuerzo. Un buen tipo. Su ternera estofada es la bomba". Entonces el joven se dio cuenta de otra cosa. "Esto puede ser importante".

Harding ladeó la cabeza para leer la letra del resguardo. "¿Una copa de Chardonnay?", preguntó. Giró el papelito para mostrárselo a Graham, cuya mente se aceleró rápidamente, consciente de que el alcohol era un vector de veneno tan común como cualquier otro.

Miró a la cocinera directamente a los ojos. "¿Quién era exactamente el responsable del bar a la hora de comer?"



Marcella estaba temblando al minuto de sentarse en el almacén. "Por favor, compréndelo", le decía Harding, "no has hecho nada malo. Sólo necesitamos saber lo del vino que serviste a Sylvia Norquist. Cuéntanos todo lo que recuerdes".

La esbelta portuguesa trazó los acontecimientos en su mente. "Recibí el pedido por teléfono y lo anoté todo. Lo siento por mi letra", dijo con una tímida sonrisa. "Luego dije en el bar que quería Chardonnay".

"¿Te lo sirvieron enseguida?" preguntó Graham, con el bolígrafo revoloteando sobre la superficie del bloc de notas.

"No me acuerdo...". dijo Marcella al principio. "Siempre pasan tantas cosas. Está tan ocupado y loco durante la comida".

"Tómate tu tiempo y recuérdalo con cuidado", le aconsejó el sargento Harding.

Los ojos de Marcella se empañaron mientras intentaba reproducir cada detalle. "Estaba esperando encima de la barra, como de costumbre", dijo al cabo de un momento. "Lo puse en la bandeja con la comida y creo que... sí, subí porque el ascensor estaba ocupado".

Graham la guió por aquellos instantes como un hipnotizador. "Caminaste hasta la puerta de Sylvia... ¿Llamaste como de costumbre?".

"Sí, claro", dijo ella, oyendo el sonido en su mente. "Puede que estuviera al teléfono. Dijo que dejara la bandeja fuera".

El sargento Harding sintió por primera vez la naturaleza humana de esta pérdida. Una mujer vivaz, muy querida y con una relación sentimental, arrebatada del mundo en un abrir y cerrar de ojos. "¿Y después?", preguntó a Marcella.

"Dejé la bandeja y pasé a la siguiente entrega. Poco después, quizá... ¿una hora o dos?", preguntó, "la Sra. Taylor habló con el personal de cocina. Dijo que no entregáramos nada más al 211 y que nos mantuviéramos alejados. Me preocupé", recordó. "La Sra. Taylor nunca había dicho algo así".

"¿Y fue entonces cuando supiste que algo iba mal?" le preguntó Graham.

"Pobre mujer", resopló Marcella. "Lo siento mucho por ella".

La sargento Harding tenía tanto interés como su jefe en que la entrevista siguiera su curso. "¿Y la copa de vino, Marcella? ¿Qué le ha pasado?"

La chica parpadeó varias veces. "¿Una copa?"

"Sí. No estaba en la habitación", le dijo Graham. "Ni rastro de él".

"Pero... yo entrego el vaso de vino con la bandeja del almuerzo", insistió Marcella. "¿No estaba allí?"

Ambos agentes sabían que no se había encontrado ningún vaso, pero Graham sentía la necesidad de estar absolutamente seguro. No podía arriesgarse a que se pasara por alto una prueba tan vital. "Sargento, ¿podría pedir al equipo forense que haga un esfuerzo especial para buscar ese cristal?".

Harding se marchó en silencio, y Graham terminó el interrogatorio por su cuenta, con la esperanza de que el cara a cara con Marcella no la asustara ni le hiciera ocultar nada. "Necesito saber una cosa más. ¿Quién más ha tomado vino hoy con la comida?"

Marcella se animó. "Oh, es fácil. Compruebo los recibos del bar. Tienen que facturar a los clientes, así que siempre aciertan". Se marchó y regresó treinta segundos después con una pila de recibos similares a los pedidos de restaurante que tan útilmente había guardado el chef. "¡Sólo uno!", informó, entregándole el resguardo a Graham.

"Gracias, Marcella. Es muy útil". Graham tomó nota: Copa de vino, hora de comer. Habitación 219. Alice Swift".

CAPÍTULO 11



"Ni señal de ello, señor", informó Harding a su jefe mientras estaba en el vestíbulo de la Posada de la Casa Blanca. "El jefe de equipo dice que han puesto el lugar patas arriba. Ni una copa de vino".

"Maldita sea", respiró Graham. "Tenemos que encontrarla. Ahora es una posibilidad muy remota", dijo, mirando su reloj, "pero tenemos que intentarlo". Se dirigieron a las cocinas y encontraron al personal preparando afanosamente la cena. "¿Marcella?"

El rostro de la portuguesa se descompuso y sólo se iluminó ligeramente al ver la cálida sonrisa del sargento Harding. "¿Hay más problemas? Te lo he contado todo sobre todo...".

"Por favor", dijo Graham. "No tienes ningún problema".

"Se trata de la copa de vino, Marcella", dijo Harding. "La que llevaste a la habitación de Sylvia Norquist. ¿Recuerdas qué le pasó?"

Marcella se encogió de hombros disculpándose y señaló el gran fregadero doble que había en un rincón de la cocina. "Se limpia. Todos los días se limpia todo antes de cenar. No hay desorden para que lo vean los invitados", dijo, barriendo con las manos una mesa imaginaria de platos sucios. "El chef insiste en ello".

"Pero la bandeja del almuerzo seguía en la habitación".

"Entonces el vaso estará allí". Marcella se encogió de hombros.

Harding la envió de vuelta al trabajo mientras Graham se tomaba un momento para maldecir coloridamente en voz baja.

"Ahí no hay descanso, jefe. Lo siento", dijo ella, a medio segundo de ponerle una mano tranquilizadora en el hombro, pero se lo pensó mejor.

"No hay veneno en la comida", dijo Graham, en parte para ella y en parte para sí mismo. "No hay cristales de la habitación que confirmen que ésa era la fuente. Y no hay testigos".

El sargento Harding intentó levantarle el ánimo. "¿Sabes cómo llamaría Sherlock Holmes a este tipo de casos?".

Graham esbozó media sonrisa, a su pesar. "¿Un 'problema de tres pipas'?", intentó.

"Quizá cuatro. Pero llegaremos al fondo del asunto, señor. No te preocupes por eso".

Graham sacó su cuaderno y lo hojeó, como si el meticuloso registro de los acontecimientos pudiera transformarse de algún modo en nuevos datos, una teoría alternativa, una pista de algún tipo... de cualquier tipo.

"Necesito una taza de té, sargento Harding. ¿Me acompaña?"

A pesar de sus esperanzas iniciales de aprovechar la oportunidad de conocer un poco mejor a

Graham, Harding pronto se dio cuenta de que iba a ser una taza de té muy tranquila y reflexiva. Graham apenas hablaba, y casi exclusivamente para sí mismo. Ella estaba allí como caja de resonancia; sus esperanzas de saber más sobre aquel hombre sorprendentemente sofisticado se desvanecieron casi en cuanto se sentaron.

"Muerto. En la playa. No pudo llegar andando". Graham bebió un sorbo de té y enarcó una ceja en señal de... ¿qué era, reconocimiento? ¿Sorpresa? A Janice le resultaba difícil decirlo, ya que no lo conocía muy bien. El DI Graham dejó la taza con cuidado, casi sin hacer ruido, y continuó. "Prótesis de cadera. No habría podido con los escalones... Hmm".

Volvió a sacar el bloc de notas. Harding observó a Graham leer y hojear sus notas mientras ella sorbía su té. Parecía mejor no decir nada y dejarle pensar.

"Más o menos comprometido con el coronel. Un tipo fuerte. Militar hasta la médula, pero realmente molesto. ¿No te parece, Janice?".

A la sargento Harding le sorprendió tanto que la incluyeran en aquel monólogo como que Graham la llamara por su nombre de pila. Parecía estar en otro mundo, enfrascado en detalles de asesinatos y sospechas, pistas y pruebas, personas y sus posibles motivos. "Creo que podemos atenernos a tu idea original -replicó ella- y descartar al coronel. Un hombre como él no muestra sus emociones, pero viste lo suficiente y creo que podemos concluir que su dolor era real."

"No muchos asesinos -continuó Graham en el mismo tono lejano- denuncian el cadáver a la policía. No muchos. Suelen dejar que lo haga otro. No, está libre de sospecha".

Más notas, más té y más pensamientos. "Pilkingtons. Estaba enfadada. Furiosa con él".

"Soy un holandés si entendí su reacción", ofreció Harding.

"Holandés". Graham se alejó en un turbio mundo de pensamientos investigativos.

"¿Señor?" preguntó el sargento Harding, deseando que aquel extraño monólogo empezara al menos a tener sentido.

"No tenían nada contra ella, Harding. Le curó el cáncer, por el amor de Dios. Un poco de sospecha es una cosa, pero... ¿recuerdas la expresión de la cara de la Sra. Pilkington? No tenía ni idea de que su marido supiera que el Dr. Norquist estaba en la isla ni de que fuera otra cosa que una coincidencia que los encontrara en el mismo lugar".

"De nuevo", le dijo Harding, "fue una reacción genuina. No leo la mente, pero...".

"No, tienes razón. Ambos decían la verdad". Los pensamientos del DI divagaron en silencio durante un largo momento. "Alice. Apenas la conocía, ¿verdad?"

"¿A quién, a Sylvia?" preguntó Harding, intentando seguir el ritmo.

"Se fue a Londres. Se pasa el día en su habitación. Pero tomó un poco de vino".

"Bebiendo con la comida, ¿eh?" bromeó Harding. "Típico tipo creativo".

Graham la ignoró, pero no desagradablemente. Estaba totalmente ocupado, aportando todos los detalles para aquella gran síntesis de todo lo que habían aprendido hasta entonces. "¿Dónde diablos está la copa de vino de la habitación de Sylvia? La bandeja seguía allí. Vimos la bandeja, sargento". Graham la miró por fin fijamente. "No había ninguna copa. Ninguna".

Harding asintió. "Lo recuerdo".

"Maldita sea", volvió a decir Graham. "Aquí hay demasiadas incógnitas. Demasiados. Excepto uno".

"¿Cuál, detective inspector?", preguntó ella, esperando que la formalidad adicional lo sacara de su ensoñación.

"Que estamos oficialmente en una investigación por asesinato. Y", añadió con una sonrisa extravagante, "ni siquiera he deshecho la maleta todavía. ¿Quién dijo que Jersey era una islita tranquila?

Harding lo llevó de vuelta a la comisaría, mirando a su nuevo jefe con creciente respeto y algo más, una admiración que nacía de ver trabajar a una mente brillante. Cuando llegaron, estaba efervescente de entusiasmo.

CAPÍTULO 12



Los dos constables se enfrentaron al otro lado del mostrador de recepción. Cada uno gesticulaba, marcando puntos con los dedos, levantando las palmas de las manos para pedir silencio, pero su clamorosa discusión sólo se hizo audible para los observadores cuando Graham y Harding abrieron la puerta principal de la comisaría.

"Lo único que digo es que..." empezó Barnwell.

"Si me dejáis terminar...". interrumpió Roach.

"No me estás dando la oportunidad de hacer mi...".

"Caballeros", dijo Graham en tono estentóreo. "¿He entrado, por casualidad, en la trastienda de un pub local, o estoy, como realmente parece, en una... cómo se llama, sargento... comisaría de policía?".

"Lo siento, señor", dijeron los dos hombres a la vez, con los ojos bajos como colegiales vagabundos.

"Pero no dejes que te detenga. Sólo confío en que, si algún miembro del público os necesitara a alguno de los dos, esta discusión quedaría en suspenso". Barnwell echó una mirada culpable al teléfono de la recepción. "¿Puedo preguntar qué os tiene tan alterados?".

Hubo un momento de silencio mientras los dos hombres pensaban quién hablaría. "Es este caso, señor, en la Posada de la Casa Blanca", dijo Barnwell. "Lo hemos estado meditando un poco, eso es todo".

¿"Reflexionando"? replicó Graham. "¿Pensando, dices? Pues a mí me encanta". Acercó una silla a la recepción y se sentó como si estuviera a punto de ver un interesante documental. "Mullen, alguaciles".

empezó Barnwell. "Esto es lo que he estado pensando, señor. Sabemos que tomó algún tipo de veneno, ¿verdad?". Graham dejó que Barnwell continuara a pesar de su suposición. "Decidió suicidarse y, mientras lo hacía, pensó: 'Bueno, estoy a punto de abandonar este mundo mortal, así que podría disfrutar de una bonita vista del océano mientras me preparo para conocer a mi creador'. ¿Lo ves?

"Así que dices que es un suicidio", aclaró Graham.

"Sí, señor. Vagabundea en una neblina de depresión y tristeza y qué sé yo, y luego muere en la playa". Se sacudió el polvo de las manos como si hubiera resuelto el caso de un plumazo.

"¿Agente Roach?" preguntó Graham. "¿Está de acuerdo con su colega?".

Roach se aclaró la garganta. "Disculpe, señor, pero eso son tonterías".

Barnwell se giró para enfrentarse al agente más joven. Graham le cortó el paso. "Espera,

Barnwell. Oigámoslo", dijo, señalando a Roach. "Pero sé un buen tipo y cuida tu lenguaje delante de tu superior". Señaló a Janice con la cabeza.

"Lo siento, sargento", dijo Roach con sinceridad. "Esto es lo que me gustaría saber. ¿Cómo se supone que va a bajar esos escalones una señora que está prácticamente lisiada? Imagínate a tu abuela intentando hacerlo. Se moriría antes de llegar a la playa. No me importa qué analgésicos tomara".

"Interesante argumento, agente", dijo Graham.

"Y no puede haberse suicidado. Estaba enterrada en la arena". añadió Roach. "¿Quién en su sano juicio pasea por una playa, encuentra un cadáver y luego piensa: 'Eh, ya sé, enterraré a esta pobre mujer en la arena para que la escena quede bien contaminada y la policía no tenga ni la menor pista de lo ocurrido'? No tiene ningún sentido, Bazza, piénsalo".

"¡La marea!" sostuvo Barnwell. "La marea sube y arrastra la arena sobre ella".

Graham se levantó y se alisó la corbata. "Creo que voy a estar de acuerdo con la apreciación del agente Roach sobre tu teoría, Barnwell".

"¿Eh?" dijo Barnwell.

"La parte de que es una gilipollez", le dijo Roach en un fuerte susurro detrás de la mano.

"Está incompleta", dijo Graham con caridad. "Pero eso no significa que debas dejar de pensar en ello. Pero incluye esto en tus reflexiones: el tiempo. Estos acontecimientos tuvieron lugar y pertenecen a un punto del pasado de todos los implicados. Empieza en el momento de la muerte y repite la película hacia atrás; ¿quién estaba dónde, haciendo qué y por qué?".

Ligeramente aturdidos, pero pensativos, los dos alguaciles observaron cómo Graham y Harding abandonaban la recepción. Janice sonrió divertida mientras acompañaba al inspector hasta su despacho y cerraba la puerta.

"No estaba bromeando con ellos", le dijo Graham mientras se sentaban en el despacho. "Bueno, no del todo".

Harding miró el reloj. Estaba pensando en volver a casa. "Ambos necesitan mano dura, de vez en cuando".

"Son buenos agentes, estoy seguro", dijo Graham. "Pero la investigación policial es un arte. Especular no te lleva a ninguna parte. Lo importante son las pruebas". Se detuvo en seco. "Lo siento, lo sabes muy bien. Y estoy seguro de que quieres irte a casa en vez de escucharme parlotear".

Harding se obligó a guardar silencio, aunque tenía muchas cosas que decir. Sobre lo contenta que estaba de que aquel hombre culto, interesante, competente y encantador hubiera llegado a su entorno. Sobre lo mucho que creía que sacudiría la policía local y aportaría verdadera profesionalidad a su mundo más bien provinciano.

"Me voy a casa, entonces. Ha sido un gran día, ¿verdad, señor? Ella le dedicó una sonrisa amistosa.

"Para ser el primer día, sargento, ha sido uno de los mejores".

CAPÍTULO 13



A la mañana siguiente, Barnwell acababa de preparar la recepción para el día cuando sonó el teléfono.

"Policía de Gorey, al habla el agente Barnwell".

"Ah, buenos días. Soy el inspector Graham".

"Buenos días, jefe", dijo Barnwell alegremente. "Te has levantado temprano".

Graham ignoró el comentario. Barnwell descubrió que era una característica del DI. Era todo negocios, nada de cháchara. No había tiempo para charlar cuando había un asesino suelto. "Reunámonos en el vestíbulo de la Posada de la Casa Blanca en cuanto puedas llegar, Barnwell. Deja el escritorio a Roach. Tengo un encargo para ti".

Mientras colgaba el auricular, Barnwell no pudo evitar pensar, con una agradable sacudida de schadenfreude, en lo celoso que estaría Roach. Quizá la llegada de Graham fuera su pasaporte al ascenso y la seguridad. Un par de actuaciones decentes en el trabajo e incluso podría ser nombrado sargento cuando Janice se marchara. Era un pensamiento embriagador.

Barnwell encontró a Graham trabajando duro en el vestíbulo, a pesar de lo temprano que era. "Es cierto lo que dicen de los pájaros y los gusanos, agente Barnwell", aseguró Graham a su colega. "La memoria de la gente suele estar más fresca después de una buena noche de sueño y una buena taza de té. Ese impulso inicial de azúcar y cafeína puede hacer maravillas para recordar -dijo, brindando por Barnwell con una taza de porcelana fina. Estaba llena de un té japonés difícil de encontrar, que desprendía el aroma de un prado brumoso. "Es increíble los detalles que oiremos hoy y que no estaban a nuestro alcance hace sólo unas horas".

La Sra. Taylor salió de su despacho, con aspecto de recién salida de la ducha. "¡No hubo cancelaciones anoche, me alegra decirlo!", informó, yendo de un lado a otro y dirigiéndose después al comedor para comprobar los preparativos del desayuno. Barnwell siguió a Graham, que estaba acribillando a preguntas a la propietaria de la Posada de la Casa Blanca, hacia los olores del desayuno: beicon, huevos y salchichas. Su estómago gruñó quejoso. Había planeado tomar su habitual y pausado bocadillo de beicon a media mañana en el Café St. George, cerca de la estación, pero con la diligente actitud de Graham ante las horas de la mañana, no habría tiempo.

Poco después, la ensoñación de Barnwell de un plato repleto de desayuno cocinado se vio perturbada por las exigencias de su profesión. "Barnwell, quiero que investigues a los Pilkington, a Alice Swift y al coronel hasta que estés seguro de que conoces todos los detalles de lo que hicieron ayer entre las diez y las dos". Los hombros de Barnwell se echaron hacia atrás y su

columna se enderezó como la de un soldado desfilando. "No dejes nada al azar. Ningún detalle es demasiado pequeño, ningún hallazgo irrelevante hasta que se demuestre que lo es. Necesito saber hasta qué punto se conocían y, sobre todo, durante cuánto tiempo. ¿Estás conmigo?"

"Sí, señor", espetó Barnwell. "Ahora mismo me pongo con ello".

"Bueno", dijo Graham, consultando su reloj. "Quizá deberías dejar que se levantaran antes. Aún no son las siete".

"Lo haré, señor", dijo Barnwell, un poco menos marcial. "¿Y el agente Roach?"

"Tengo otra cosa en mente para él. Pégate a esas cuatro personas como si fueran pegamento y anótalo todo", le dijo Graham. Luego sonrió descaradamente. "Puedes, ¿verdad?".

"¿Señor?"

"Escribe, Barnwell".

"Sí, señor", respondió el alguacil, totalmente sin ironía.

"Te estoy tomando el pelo, tío". Barnwell respondió con un silencio sepulcral. Graham se encogió de hombros y sintió el impulso de suspirar ante la sinceridad pesada y poco imaginativa de aquel hombre. Se necesita de todo para entrar en la policía. Y este tipo de misión debería distinguir a los policías de los que lo son. "Adelante, pues. Recuerda, apunta todos los detalles. Nos vemos a la hora de comer". Le dio a Barnwell una palmada de camaradería en el hombro. "Ven a buscarme si descubres algo trascendental".

Graham pasó unos minutos más dando zancadas por el hotel junto al perpetuo torbellino de energía matutina que era la señora Taylor. No pretendía ser poco servicial, explicó, sólo intentaba llevar un hotel ajetreado en verano. Graham se aseguró de que le había dicho hasta la última cosa útil, le expresó su gratitud una vez más y se retiró al vestíbulo.

El sargento Harding había llegado y ya estaba en el despacho trasero del White House Inn, comprobando su lista de entrevistados. "Sabes, hay un huésped con el que aún no hemos hablado. Este tipo", dijo dando golpecitos en la lista. "Le gusta reservar las comidas con antelación", dijo, orgullosa de su modesto trabajo de investigación.

Graham se lo pensó un momento. "Concierte una entrevista, sargento. Veamos qué tiene que decirnos".

CAPÍTULO 14



Al final de aquella mañana, Graham encontró a Carlos Alves sentado en una tumbona de la terraza ajardinada de la Posada de la Casa Blanca, con vistas a un mar en calma que centelleaba bajo el sol de media mañana. El humo del cigarro flotaba en la brisa. Alves tenía un pelo negro y espeso que tomaba sus propias decisiones. Llevaba una camisa de verano blanca de algodón y pantalones chinos. Cuando Alves se levantó para estrechar la mano de Graham, el detective inspector le juzgó de algo más de cincuenta años, pero en buena forma, y con unas manos sorprendentemente ásperas.

"Supongo que navegas", dijo Graham después de que intercambiaran cumplidos.

Carlos se miró las manos y sonrió. "Quizá no haga falta ser detective para saberlo, ¿eh? Tengo un motovelero de treinta y cuatro pies, amarrado en Cowes durante el invierno. En verano me gusta navegar entre las islas. Normalmente me quedo en Guernesey o Sark. Me gusta la tranquilidad de allí".

Para un continental como Graham, que incluso pasó su infancia en la remota campiña de los valles de Yorkshire, la idea de pasar mucho tiempo en un lugar más pequeño que Jersey era casi inimaginable. Sark apenas era más grande que el pueblo en el que se había criado. "Unas islas preciosas", dijo con neutralidad.

"Quizá te sorprendan", adivinó Alves. "¿Por qué no voy a las islas griegas o al Pacífico, no?".

Graham se encogió ligeramente de hombros. "Todos tendemos a acabar donde nos hace más felices".

El rostro de Carlos cambió y se volvió severo y serio. "Estás aquí -dijo en su tono más serio- por la muerte del Dr. Norquist, ¿no?

"Así es", dijo Graham. "Estamos entrevistando a todos en el hotel, y...".

"Me alegro de que haya muerto", dijo Carlos. Desvió la mirada hacia el océano y luego volvió a mirar a Graham, como si le desafiara a hacer una acusación.

"¿Perdón, señor Alves?". preguntó Graham, conmocionado. El caso pareció abrirse de par en par.

"Era una mujer terrible". Alves levantó un dedo como advertencia. "Y una médica peligrosamente incompetente".

Graham anotó cada palabra, deseando por una vez disponer de alguna tecnología de grabación para captar aquel momento de confesión. "Te escucho", fue todo lo que dijo.

Carlos suspiró. "Pero yo no la maté".

El cuerpo de Graham pareció hundirse bajo él. "¿Pero la conocías bien?"

"Lo bastante bien", explicó Alves, dando una larga serie de caladas a su puro, como si el golpe de nicotina pudiera servirle de acicate para aquella discusión tan emocionalmente tensa. "Era la doctora de mi hijo. Se llamaba Juan Carlos".

Graham no necesitaba la formación de un detective para discernir lo que había ocurrido. "Lo siento, señor Alves". Graham esperó, pensando que sería mejor hablar menos y escuchar más.

"Tenía dieciséis años. ¿Se lo imagina, inspector?" preguntó Carlos, ahora con el rostro marcado por el dolor. "Estaba sano, feliz. Lleno de vida. Jugaba al fútbol en su colegio. Perseguía chicas a todas horas", dijo con una sonrisa nostálgica. "Luego dice que tiene problemas para andar. Sus piernas no hacen lo que se les dice", explicó. "Luego su visión se vuelve extraña, ve dos de cada cosa. A la hora de cenar", continuó Carlos, "no puede tragar, casi se ahoga con la comida".

"Suena terrible", dijo Graham consoladoramente.

"Nuestro médico de cabecera, en realidad, no lo sabía. Pero hubo pruebas, y pruebas y más pruebas -dijo Carlos, reduciendo un año de preocupación, angustia y desesperación a unas pocas palabras-, y encuentran un tumor. Aquí", dijo, señalándose con los dedos la nuca, donde la columna vertebral se une al cráneo.

"¿Un tumor en el tronco encefálico?" preguntó Graham con suavidad.

"Es tratable, pero es difícil", continuó Carlos. "Necesitas un verdadero profesional", dijo, con el puño en la palma de la mano, cada sílaba clara. "El mejor".

"Y así conociste al doctor Norquist".

Carlos asintió y volvió a llevarse el puro a la boca, pero se detuvo en seco. Dirigió a Graham una mirada apenada, ligeramente avergonzada, y volvió a colocar el puro en su cenicero, olvidado. "Mi mujer, Gloria, tiene una amiga cuya hija tuvo un cáncer... Oh, inspector, del tipo más terrible. Del ojo", dijo, dolido por el recuerdo. "Tenía dos años. Pero el Dr. Norquist se ocupó de la niña, ¡y sobrevivió!".

"La ciencia médica es extraordinaria", comentó Graham.

"Ah, no", dijo Carlos, con las manos en alto. "Esto no era sólo ciencia según mi Gloria. No, no", dijo, moviendo la cabeza con asombro. "Esto era Dios. Gloria estaba tan segura de esto como nosotros estamos seguros de que estamos en Jersey. Estaba convencida de que el espíritu sagrado bajó y salvó a aquella niña. El espíritu, obrando a través del doctor Norquist. ¿Lo entiendes?"

Con la actitud relajada de sus padres respecto a ir a la iglesia, sobre todo a medida que sus hijos crecían y encontraban otras formas de pasar las mañanas de domingo, Graham nunca había sido un devoto hombre de fe, pero respetaba la sinceridad de los que sí lo eran. "Creo que sí, señor".

"Gloria insistió en tener a Sylvia Norquist como médico de nuestro hijo. Y si alguna vez conocieras a mi mujer, sabrías que cuando ella insiste en algo, es que debe suceder, ¿sabes?". Se rió entre dientes. "No importaba que la doctora Norquist no fuera especialista en cánceres cerebrales. No, sería Dios quien guiaría sus manos, y libraría a nuestro hijo de ese cáncer diabólico. ¿Lo ves?"

Sobre todo, Graham podía ver cómo una familia estaba destrozada por el dolor y por los trágicos resultados de una mala decisión. También pudo ver que sus esperanzas iniciales de oír una confesión se estaban desvaneciendo. Si alguien a quien había conocido hasta entonces poseía una razón comprensible para querer muerta a Sylvia Norquist, era este hombre. Sin embargo, aquello no sonaba ni por asomo como la confesión de un asesino.

"La doctora Norquist estudió y practicó y recibió consejos de todo el mundo", explicó Carlos.

"Durante meses se dedicó a atacar este complejo cáncer. Fue como una batalla, como si luchara por su propia vida, ¿sabes?".

"¿Pero, a pesar de sus esfuerzos, el tratamiento fracasó?" preguntó Graham con toda la sensibilidad que pudo encontrar.

"Debería haberse negado a tratarlo. No sabía lo que hacía".

Carlos se levantó y se dirigió hacia el océano, pero a los pocos pasos se detuvo y se volvió. "Sabes, entiendo de barcos. Y el transporte marítimo, el flete, ese tipo de negocios. Pero con el diagnóstico de mi hijo, me convertiría en un experto en el tronco encefálico humano. Podría darte una conferencia ahora mismo -aseguró a Graham-, como un profesional, sobre todos los aspectos. Sin embargo, a pesar de mi diligencia y de los esfuerzos del Dr. Norquist, el tratamiento no funcionó. Mi hijo murió".

"Una tragedia espantosa".

"Y podría haberle ocurrido a cualquier paciente, tratado por cualquier médico, pero le ocurrió a mi hijo, tratado por ella". Graham pudo ver claramente que el paso del tiempo no atenuaba el dolor, y que al parecer ni siquiera lo mitigaba un poco la muerte de la doctora Norquist.

"Sr. Alves", empezó Graham, "estoy seguro de que se da cuenta de lo que esto puede parecerle a un investigador".

"Soy un padre afligido, detective inspector", dijo Carlos. "No un tonto".

"Entonces... debo preguntarte si sabes algo que pueda ayudarnos en nuestras pesquisas".

Carlos recuperó su puro, sacudiendo la cabeza. "Ayer estuve en Guernsey, detective inspector. Navegué de vuelta durante la noche. Es mi momento favorito para navegar, al fresco y en la oscuridad. No hay nadie más". Alves dio una calada a su puro. "Hay registros de la capitanía del puerto en ambos lados", aseguró a Graham.

"No tengo motivos para sospechar que está siendo deshonesto conmigo, señor, pero tengo que admitir que tiene un motivo de peso".

"Si yo hubiera matado al Dr. Norquist -dijo Carlos, con el puro en alto en un gesto expansivo-, quizá un jurado no me enviaría a la cárcel dadas las circunstancias. Pero imagínate que lo hicieran. Tengo cincuenta y tres años. Sería un anciano cuando saliera, si es que lo hiciera. No podría sacrificar los años que me quedan, todo el tiempo que me queda con mi Gloria, que ya está sin su hijo, sólo para castigar a esta mujer. No podría".

Graham llenó otra página con letra cursiva. Carlos aprovechó el silencio para decir algo que calmó la mano de Graham.

"No debería decir esto -dijo Carlos, apagando la ceniza del puro-, pero deseo expresar mi agradecimiento a quienquiera que sea el responsable de este crimen. De verdad. Pido perdón a Dios por esto, pero es lo que siento". Se detuvo y dio una calada más. "¿Eres padre?"

Durante apenas un segundo, Graham se detuvo en su escritura, con los ojos nublados. Sacudió la cabeza: "No".

"Abrázalos", dijo Carlos, con los ojos brillantes. "Nunca sabes cuánto tiempo los tendrás". Y se volvió hacia el océano, con el cigarro entre los labios, dando caladas mientras observaba los veleros que rodeaban el cabo en la punta de la playa.

"Gracias por tu tiempo". Graham se levantó y se dirigió de nuevo al interior, llenando rápidamente su cuaderno, antes de que los recuerdos se desvanecieran.

CAPÍTULO 15



Graham bebió su té con aire mecánico y despreocupado, sentado a solas en el salón de té de la Posada de la Casa Blanca. Estaba bastante tranquilo. Faltaba media hora para que llegara la gente del almuerzo. Para variar, en lugar de reunir los hechos de forma ordenada y decidida, Graham estaba dejando que sus pensamientos vinieran como vinieran. El té ayudaba, como siempre. Quizá también el aire marino. A veces, descubría que lo mejor era callarse y dejar que una mente bien entrenada hiciera su trabajo.

"¿Agente Roach?", llamó.

El joven agente estaba discretamente en el vestíbulo, casi oculto por un perchero gigante. "Buenos días, señor.

"Necesito que hagas algo por mí". Momentos después, Roach se dirigía a la oficina del capitán del puerto, en busca de noticias sobre una llegada a primera hora de la mañana. Graham creía reconocer el verdadero dolor y una historia auténtica cuando los experimentaba, pero nunca sería capaz de mirar a los ojos a sus colegas si Carlos Alves resultaba ser el asesino y lo único que Graham había hecho era sentarse con el hombre para charlar compasivamente.

Apareció Janice. Habían desviado las llamadas a la comisaría de Jersey, en St. Helier, mientras se centraban en la investigación.

"Sargento Harding, ¿tiene un teléfono que pueda reproducir vídeos?". dijo Graham.

"Por supuesto, señor". Harding estuvo a punto de decirle que todos los teléfonos podían hacerlo hoy en día, pero decidió no hacerlo. En lugar de eso, le mostró con orgullo su teléfono, uno de los últimos modelos. Había costado bastante más que el sueldo de una semana y funcionaba a las mil maravillas. Graham le explicó lo que quería y se sentaron juntos a revisar los resultados.

"Verás, nos hemos equivocado de camino", le dijo Graham. "Habíamos supuesto que el viaje desde aquí -dijo, trazando con el dedo un camino en la mesa que tenía delante- hasta la playa habría sido incómodo y doloroso para Sylvia".

"Seguro que sí", convino Harding.

"Pero ¿y si...?", dijo, girando el teléfono de vertical a horizontal para darles una visión más amplia. "¿Y si fuera imposible?"

El vídeo que Graham había hecho sacar a Harding mostraba parte de los ensayos de un nuevo medicamento. En el vídeo, una mujer de una edad similar a la de Sylvia Norquist, quizá un poco mayor, se esforzaba por caminar. Sudorosa, pálida y con un dolor inmenso, apenas podía dar tres pasos seguidos en terreno llano. Se agarró a una barandilla como si fuera a ahogarse sin ella.

"Sargento", dijo con una sonrisa de satisfacción, "no sé con qué frecuencia te encuentras diciendo esto, pero...".

"El agente Roach tenía razón", reconoció Janice. "No hay forma en la tierra verde de Dios de que Sylvia Norquist pudiera haber bajado esos escalones. De ninguna manera". Harding se apresuró a sumar dos más dos. "¿Estás sugiriendo que la llevaron a cuestas?".

"A plena luz del día, a la hora de comer, en una playa al final del verano". Graham hizo una mueca. "Ésa, lo creas o no, es nuestra mejor teoría".

Harding se lo pensó un segundo, luego colgó el teléfono y miró fijamente a su jefe. "Si me permite citar al distinguido filósofo Jim Roach, señor... creo que eso es una gilipollez".

El agente Barnwell se registró a lo largo del día. Era un poco como un niño al que mandan a buscar el pasillo de la pasta de dientes en el supermercado, orgulloso de que le hayan dado semejante responsabilidad, pero inseguro de si sus padres seguirán allí cuando vuelva. Aunque no estaba acostumbrado a recibir tanta confianza, el agente estaba demostrando ser un investigador sorprendentemente tenaz. A Graham le complacía verle escribir montones de notas.

Su colega más responsable, el agente Roach, también se había esforzado al máximo por el nuevo jefe. De hecho, Carlos Alves había regresado de Guernesey aquella misma mañana, y los detalles de su estancia en la isla hermana de Jersey y su elegante velero concordaban. Sin embargo, Graham no podía descartar por completo al afligido padre de la investigación, como hubiera preferido. La historia entre Alves y el Dr. Norquist era demasiado convincente para ello, pero Graham podía al menos dejar de lado la sospecha de cualquier implicación directa en el asesinato. Mientras reflexionaba sobre otra taza de buen té aquella tarde, Graham consideró que Alves no era el tipo de hombre ni guardaba el tipo de rencor que sugería el envenenamiento como método preferido de asesinato. Podía imaginarse a un Alves calculador e indignado golpeando a Sylvia hasta matarla o estrangulándola mientras veía cómo la última luz abandonaba sus ojos, pero no podía contemplar que Alves la envenenara. Carecía de la intimidad de la violencia que Graham habría esperado que Alves ansiara.

No. Ocurría algo más, y aún estaban lejos de lo que cualquier investigador que se preciara llamaría "una pista". Graham terminó el té sintiéndose lleno de energía, con la mente ágil y los pies ligeros. Llamó al doctor Tomlinson.

"Llámame Marcus, amigo. Tengo la sensación de que vamos a pasar mucho tiempo juntos, y no me gustan las formalidades innecesarias", le dijo el Dr. Tomlinson.

"Marcus será, aunque lamento molestarte tan tarde. ¿Tienes planes para cenar?" se preguntó Graham.

"Pensé que nunca lo preguntarías".

Dos horas más tarde, en un tranquilo rincón del Palacio de Bangkok, sirvieron a los dos hombres unas crujientes cervezas tailandesas y un aperitivo de arroz pegajoso y jaew bong. Graham, que no tenía miedo al picante, descubrió para su deleite que la salsa, de aspecto inocuo, llevaba chalotas picantes y guindillas abrasadoras. Tenía un sabor feroz y, en opinión de Graham, delicioso.

Tomlinson era mucho más cauteloso. Sumergió cada bola de arroz sólo fugazmente en medio de la salsa. "Cristo vivo", murmuró. "Puede que sea demasiado viejo para este tipo de cosas. ¿Qué tal un buen curry de coco sin complicaciones?", preguntó al camarero. Graham pidió un plato marcado con tres guindillas en el menú y el camarero le dedicó una sonrisa cómplice, como

si estuviera impresionado por la audacia de Graham y temiera ligeramente por su bienestar.

"Supongo que todos sentimos cierta curiosidad", empezó Tomlinson. "¿Qué trae a un consumado inspector de detectives como usted...".

"¿A un remanso tranquilo y provinciano como éste?". Graham sonrió.

"Bueno, algo parecido. La Policía de Gorey no es un hervidero de ambiciones. El anterior inspector llevaba dieciséis años en su puesto y no mostró el menor interés por ascender en la escala de la destreza investigadora", explicó Tomlinson. "Encajaba perfectamente".

"Pero seguramente", replicó Graham, "Jersey está llena de jóvenes con aspiraciones. ¿No he leído que la economía está en auge?".

"¡El sector bancario, sí! El sector policial, no tanto". El camarero puso el humeante y aromático curry de coco ante el médico, que inhaló los vapores con fruición. "Con tan poco que les suponga un reto, aparte de alguna que otra persona desaparecida, el cuerpo local se ha dormido en los laureles casi continuamente desde los asesinatos de Newall. Incluso los casos de banqueros corruptos se envían a los expertos en delitos financieros que trabajan en el continente".

"Dices que se duermen en los laureles. Supongo que eso incluye a Roach y Barnwell". preguntó Graham cuando llegó su curry de marisco. Su color rojo intenso y brillante advertía ampliamente de la intensidad del fuego en su interior.

"Son buenos chicos", se rió Tomlinson. "Estaba un poco nervioso por tenerlos trabajando en una investigación de asesinato como ésta, pero con tu liderazgo, estoy seguro de que te harán sentir orgulloso. Eso sí, no cuentes con milagrosos destellos de perspicacia por parte de ninguno de ellos".

"No lo haré", dijo Graham, probando su curry. Estaba excelente y sumamente caliente.

CAPÍTULO 16



"Más allá de unirte a una economía en auge, ¿qué te ha traído hasta aquí?" volvió a preguntar Tomlinson. Era una insistencia nacida no de un impulso maleducado y cotilla, sino de una curiosidad genuina. Graham era tan distinto de su predecesor, mucho mejor formado y mucho más pulido y seguro, que su presencia parecía extraña sin más explicaciones. De hecho, Tomlinson había considerado que Graham había sido enviado a Jersey específicamente porque el asesinato de Sylvia Norquist había sido anticipado por alguien de la jerarquía londinense. Tomlinson escribía novelas de suspense en su tiempo libre y de vez en cuando aplicaba vuelos de fantasía a situaciones de la vida real que se prestaban mejor como argumentos de ficción.

"Surgió el trabajo", dijo Graham simplemente, "y lo solicité".

"¿Pero por qué?" insistió Tomlinson.

"Cambio de aires, supongo. Un nuevo reto".

Tomlinson dejó la cuchara y se limpió la boca con la servilleta. "¿Un reto?"

"Claro".

"Querido amigo, tu principal reto, dejando a un lado este asesinato tan inusual, ¡será mantenerte ocupado! ¿Sabes que Roach juega al solitario en la recepción durante unas tres horas de cada turno? Y que Barnwell..." Hizo una pausa. "No debería contar cuentos fuera de la escuela".

"Bebe", dijo Graham. "Tiene una mirada. La reconozco demasiado bien". Algo en el tono de Graham, un trasfondo firme, le dijo a Tomlinson tanto que Graham sabía de lo que hablaba como que sus experiencias bien podían haber sido de primera mano. Sabiamente, el médico no insistió más. Se imponía un cambio de tema.

"¿Hubo una Sra. Graham?", preguntó con una ceja levantada.

"La hubo", le dijo Graham, y Tomlinson se arrepintió inmediatamente de su pregunta. No hacía falta indagar mucho, al parecer, para revelar las complejidades de aquel hombre desconocido. No es que Tomlinson no aceptara el razonamiento de Graham para trasladarse a aquel idilio rural. Simplemente tenía más sentido si había razones más profundas. Tal vez, se preguntó, Graham se sintiera tan empujado como atraído hacia una misión oscura como ésta. Pero si era así, ¿por qué no Escocia o un tranquilo pueblo de Sussex?

"Lo siento", dijo Tomlinson abiertamente. "No es asunto mío".

"Íbamos en direcciones distintas", dijo Graham a continuación. "Teníamos prioridades muy distintas".

"Bueno, sean cuales sean tus prioridades, yo diría que ya has demostrado ser un detective

asiduo y competente", dijo Tomlinson, levantando una copa en señal de saludo al nuevo detective inspector.

"Demasiado amable, Marcus". Graham hizo una pausa. "Supongo que eso significa que puedes llamarme David".

"Lo haré, si me lo permites. El anterior DI se hacía llamar 'Buster', pero no creo que te quede bien".

Graham se tomó un momento para reírse. Cuanto más aprendía sobre su predecesor, más parecía el típico estereotipo cómico, bufonesco y rural. Gravemente obeso según Harding. Laxo con su higiene personal según Barnwell, que no olía como si acabara de salir del plató de un anuncio de desodorante.

"Parece todo un personaje. Un gran par de zapatos que llenar", dijo Graham con diplomacia.

Los dos se rieron, pues el hielo se había roto por completo. Tomlinson se alegró de ver que el joven se divertía y de que se olvidaran las preguntas poco delicadas sobre su pasado.

Pero Graham no tardó en volver a los negocios. "Me temo que tenemos que hablar de este bendito caso", dijo Graham, tendiéndole a Tomlinson otra cerveza.

"Dispara, David. Estoy tan desconcertado como tú si soy claro".

"Lo que realmente me preocupa en este momento -explicó Graham-, aparte de quién pudo matarla, es el momento".

Tomlinson removió el tercio restante de su curry con la cuchara. "¿Hmm?", preguntó.

"Encontraron el cadáver de la doctora Norquist un par de horas después de comer". Graham hizo una pausa, con la boca llena de pollo picante. "Así que supusimos que el veneno fue suministrado con el almuerzo. La pobre Marcella parece haber sido la cómplice involuntaria".

"Hasta ahí había llegado yo también", confirmó Tomlinson.

"Pero fijaste su muerte en un período de dieciocho horas. ¿Y si -preguntó Graham, señalando a Tomlinson con los palillos- nos equivocamos por completo? ¿Y si la asesinaron la noche anterior y la bajaron por las escaleras hasta la playa?".

Tomlinson se bebió el curry con un largo trago de cerveza antes de contestar. "¿La enterraron en la oscuridad, cuando no había nadie?", conjeturó. "Tiene más sentido que el asesino arrastrando a una Sylvia muerta o moribunda por esas escaleras a plena luz del día".

"¿Y qué hay del veneno?" insistió Graham.

"Sí, a eso iba. Revisé algunos libros de texto antiguos y, ya sabes, no hay muchos venenos que dejen tan pocas señales para la autopsia. Los clásicos -dijo, marcándolos con los dedos- son la estricnina, el cianuro y el arsénico. Todos ellos dejan señales reveladoras de su función".

Graham hizo un movimiento giratorio con los palillos mientras desafiaba la tormenta de fuego nuclear que era su curry rojo de marisco.

"La estricnina, por ejemplo, provoca convulsiones que dejan el cuerpo bloqueado en posición arqueada. El cianuro es famoso por dejar un olor a almendras amargas", añadió. "Pero nuestra Sylvia parece haber muerto de algo que detuvo bastante rápidamente su corazón y su respiración sin dejar ninguna evidencia".

"Entonces, ¿qué estás pensando?" preguntó Graham, haciendo pasar aire frío por su lengua abrasada.

"No tengo ni idea, amigo. Dame otro día para consultarlo con algunos colegas del negocio y continuar la autopsia".

El camarero que regresaba oyó el término y palideció ligeramente. "¿Está todo a su satisfacción, caballeros?", preguntó con cautela.

"Sólo una cosa", preguntó Graham, ahora visiblemente sudoroso. "La próxima vez que venga

-dijo, haciendo otra pausa para que le entrara aire fresco en la boca-, ¿podría hacer el mío un poco más caliente?".

CAPÍTULO 17



La Sargento Janice Harding se cernía insegura ante las grandes puertas dobles. A pesar de la autoridad de su rango y su uniforme, le costaba quitarse de encima la sensación de que estaba invadiendo una propiedad privada. El pasillo estaba muy iluminado, pero sumamente silencioso, no sólo por lo temprano que era, sino también porque ninguno de los "pacientes" de esta parte del hospital volvería a emitir un solo sonido.

"¿No es esto un poco... poco ortodoxo?", le había preguntado al DI Graham mientras éste se dirigía con confianza por el pasillo hacia la morgue. Barnwell y Roach le siguieron, y Roach parecía exultante.

"Somos policías, sargento", le recordó. "El trabajo policial tiene momentos aburridos y partes emocionantes. E inevitablemente cosas como ésta".

Graham empujó las puertas y encontró al doctor Tomlinson, portapapeles en mano, de pie junto a una mesa mortuoria. Llevaba una mascarilla e hizo un gesto a sus cuatro visitantes para que se la pusieran antes de continuar. Barnwell necesitó algo de ayuda con la suya, pero al final lo consiguió. Ante ellos había un espectáculo que provocó reacciones diferentes en cada uno de los agentes.

"Me gustaría presentarles a la Dra. Sylvia Norquist", dijo Tomlinson con una floritura singularmente inapropiada y retiró una sábana blanca para mostrar el cadáver que yacía debajo. Harding se llevó la mano a la boca. Barnwell se quedó mirando como si estuviera entre el público de un espectáculo de fenómenos. Los ojos de Roach se entrecerraron estudiadamente. Para él, ésta era una oportunidad de aprender, y no era probable que se presentara a menudo.

"Asfixia, señora y señores. Una peligrosa constricción del suministro de oxígeno al cerebro que provoca inconsciencia y muerte. La causa principal del fallecimiento del Dr. Norquist".

"Pero", dijo Graham, continuando, "la asfixia no explica su muerte. Simplemente nos da la razón por la que expiró. Toda asfixia tiene una causa. No quiero que parezca que estamos en la facultad de medicina ni nada parecido, pero ¿podríais nombrar alguna?". preguntó Graham al trío de policías.

Roach levantó una mano antes de que Graham lo mirara. "Estrangulamiento", ofreció.

"Ésa es una", convino Tomlinson.

"¿Asfixia?" intentó Harding.

"Ésa es otra", respondió Graham.

"¿Despresurización? ¿Como en un avión?" dijo Barnwell a continuación.

"Claro. Es probable que otras cosas te maten igual de rápido allí arriba, pero bueno", permitió

Tomlinson. "Sin embargo, no hay signos de asfixia, ni palidez en la piel alrededor de la nariz y la boca. No hay marcas de ligaduras -dijo, señalando con el lápiz el cuello del cadáver para ilustrar su punto de vista- que pudieran indicar estrangulamiento. Y no estaba en un avión cuando murió. Así que..."

"¿Qué otra cosa causa asfixia", pensó Roach en voz alta, "pero no deja ningún rastro?".

"Aquí vienen dos grandes palabras a las que quiero que te acostumbres", dijo Tomlinson. "Arritmia taquicárdica". Hizo una pausa. "¿Alguien quiere intentar darle sentido a eso?".

Graham se rió entre dientes. "De la facultad de medicina a una clase de lingüística en un rápido salto. ¿Por qué hacemos ejercicio cardiovascular?

"Para acelerar el corazón", dijo Harding, recordando las órdenes de su profesor de gimnasia durante la clase de aeróbic.

"Excelente. ¿Y qué puede ser una 'arritmia'?". preguntó Graham.

"¿Como un ritmo?" intentó Roach.

"Sí, pero en este caso", dijo Tomlinson, con la mano en alto en un puño ligero, "una falta de ritmo". Bombeó el puño con un movimiento pulsátil constante antes de hacer una pausa, volver a empezar y detenerse de nuevo. "Algo hizo que su corazón latiera de forma tan anormal que comprometió fatalmente su capacidad para respirar".

Barnwell tenía la mirada fija en el puño pulsante de Tomlinson. "Entonces, ¿le dio un infarto y se asfixió, al mismo tiempo?".

"Bueno, una cosa fue consecuencia de la otra, pero ya te haces una idea, jovencito", le dijo Tomlinson. "Entonces... ¿qué podría hacer que un corazón humano sano se comportara así?".

Los tres se quedaron pensativos mirando las baldosas blancas e inmaculadas del suelo.

"¿La electricidad?" dijo primero Harding.

"Habría una quemazón característica bajo su piel si ése fuera el caso", dijo Tomlinson.

"¿No hay heridas de arma blanca ni señales de que algo la golpeara?". dijo Roach.

"Ni siquiera un poco. Tampoco hay señales de lucha en su habitación", dijo Graham.

Entonces Barnwell se iluminó. "Veneno. Lo sospechaste todo el tiempo, ¿verdad?".

Graham le dio una palmada en el hombro al agente y le guiñó un ojo a Tomlinson. "Marcus, ¿serías tan amable de presentar a estos buenos agentes el arma homicida de este caso?".

No podrían haber estado más excitados si Sherlock Holmes les estuviera explicando sus deducciones. "Aconitum variegatum", anunció Tomlinson, trayendo de detrás de la mesa un pequeño ramillete de delicadas flores de color azul púrpura. "Del orden de las Ranunculales, pero claro, eso ya lo sabías", sonrió.

"¿Una planta le hizo esto?" jadeó Harding.

"No cualquier planta", les dijo Tomlinson, pasando a cada uno un tallo rematado con un grupo de las flores. "Ya veis de dónde le viene uno de sus nombres coloquiales: acónito".

Incluso a primera vista, podían. Una cubierta púrpura, alta y caída, y pares de pétalos a ambos lados protegían el centro de cada flor. "Son bastante bonitas", dijo Harding. "Casi como algo que mi abuela tendría en su jardín".

"Estoy de acuerdo", dijo Tomlinson. "Pero como la mayoría de las plantas atractivas, el color brillante está ahí como advertencia. Estas flores -dijo, retirando los tallos con cuidado, como si estuvieran quitando bengalas apagadas a adolescentes con mechero- son jodidamente mortales. Tritura un buen puñado de estos tallos y pétalos, disuelve el resultado en alcohol y tendrás algo llamado tintura de acónito, también conocida como acónito de lobo".

"Suena como algo sacado de Harry Potter, ¿verdad? bromeó Graham. "Pero es real, y no es nada agradable".

"Echa una cucharadita de esto en la bebida de alguien", les dijo Tomlinson, "y tu víctima estará muerta en cuatro o seis horas como máximo. Pero no aparece en los análisis toxicológicos y no deja olor ni color".

Harding, Roach y Barnwell estaban ahora pendientes de cada palabra de Tomlinson, con los ojos ávidos.

"Pero, verás, me he dado cuenta de que había una pequeña cantidad de espuma alrededor de la boca del doctor Norquist. Pocas cosas nos hacen literalmente 'echar espuma por la boca'".

"Supongo que no", dijo Harding, observando el cadáver con recelo.

"Y por la forma en que la arena se pegaba al cuerpo de la doctora Norquist, me di cuenta de que había estado sudando antes de morir. Además, su estómago estaba completamente vacío. Normalmente, eso es consecuencia de haber vomitado recientemente y en abundancia. Si alguien ha sido envenenado", les dijo Tomlinson, "esto es lo mejor para él".

"¿No se supone que... cómo lo llamas", decía Barnwell, "induces el vómito?".

"Así es, para expulsar el contenido del estómago", convino el doctor Tomlinson. "Y lo hizo, pero no lo bastante rápido, por desgracia.

"Vaya", exhaló Roach.

"En efecto, agente. No es algo -dijo Tomlinson con una nota de orgullo- que hubiera detectado un patólogo cualquiera. Pero tras investigar y hablar con mis colegas, he aprendido que la espuma, el sudor y la ausencia de firma indican envenenamiento por el mencionado aconitum o acónito. Y una vez que llegue al corazón, lo parará en seco".

CAPÍTULO 18



Graham se hizo cargo. "En cuanto le falló el corazón, también lo hizo la respiración de Sylvia. Se produjo la asfixia. ¿Puedes creer que cultivar y poseer las plantas, incluso la tintura, es perfectamente legal?".

"Se utiliza desde hace siglos en la medicina tradicional china", añadió Tomlinson. "Y en aromaterapia. Bastante segura sobre la piel, pero condenadamente mortal si se dosifica con ella la bebida de alguien".

Barnwell chasqueó los dedos. "El Chardonnay".

Roach miró a su colega como si le hubiera robado la novia, pero Graham estaba impresionado. "El Chardonnay y la copa en la que estaba son las pruebas más prometedoras, pero no hay ni rastro de ellos".

Tomlinson cubrió el cuerpo del doctor Norquist. "Al menos, todavía no. Crucemos los dedos, ¿eh?". Dio las gracias al equipo y los acompañó a la salida. "Mantente en contacto, David. Nos estamos acercando, puedo sentirlo".

Los cuatro agentes hablaron del asunto durante todo el trayecto de vuelta a la comisaría y luego, en una animada y concentrada reunión, en el pequeño despacho del inspector Graham. Graham estaba impaciente por saber qué había averiguado Barnwell durante la investigación del día anterior. "Te vi dando zancadas por el hotel con aire decidido, agente. ¿Qué has descubierto?

Barnwell hojeó su cuaderno. "Más o menos lo que esperábamos, señor. Los Pilkington, bueno... Son una pareja divertida. Muy discutidores en este momento. Ella está furiosa con él por ocultarle la reaparición de su cáncer y por pasar tiempo con el doctor Norquist sin que ella lo supiera".

"¿Cómo lo has averiguado?" quiso saber Roach.

"Muy fácil. Sólo tienes que ponerte detrás de un helecho en maceta", explicó Barnwell como si fuera lo más obvio del mundo. "Parece que no haces nada, salvo vigilar el vestíbulo, y mantienes los oídos bien abiertos. La gente dirá de todo delante de un policía inmóvil. Es como si ni siquiera estuvieras allí".

"¿Alguna señal de que la señora Pilkington pudiera haber herido a Sylvia?" preguntó Graham, aunque estaba bastante seguro de la respuesta.

"No, señor. Tal y como yo lo veo, si hubiera matado al doctor Norquist, ¿seguiría echándole la bronca diaria a su marido por haber tomado café con ella?". Graham asintió.

"Buen punto", observó Harding. "¿Qué más?"

"Está ese tipo sudamericano, Carlos Alves", informó Barnwell. "Estuvo un rato en el puerto

deportivo, pero se pasó casi todo el tiempo en la terraza, mirando al mar".

"Tiene muchas cosas en la cabeza", les informó Graham.

"¿Por ejemplo? preguntó Roach, irritado por estar haciendo de segundón ante gente como Barnwell. "¿La culpa, tal vez?"

"Su hijo murió", dijo Graham.

"Durante la vigilancia de la víctima", les recordó Barnwell. "Lo comprobé y había una cuestión de negligencia, de que ella no estaba a la altura del trabajo. Salió en los periódicos. Hubo una investigación interna en el hospital, pero decidieron no suspenderla ni ir más allá. Su mujer -dijo Barnwell, y luego silbó- parece todo un personaje. No me gustaría llevarme mal con ella. Son una pareja bastante extraña".

"La pena", comentó Graham en voz baja, "hace cosas terribles a una persona".

Sólo Harding percibió la mirada distante y abatida de su rostro, pero no dijo nada.

"¿No lo convierte eso en nuestro principal sospechoso, señor?". preguntó Barnwell. "Sin duda hay un motivo, ¿no te parece?".

"Lo diría, pero le entrevisté en detalle y no vi ningún motivo para sospechar que esté aquí para hacer otra cosa que navegar en su barco y mirar el mar. Está afligido, no vengativo. Al menos, no activamente".

Roach se unió a las protestas de Barnwell. "En serio, señor, creo que deberíamos tenerlo en cuenta". Los demás asintieron. "¿No has dicho que se alegra de que haya muerto?"

"Eso dijo. Pero él no la mató", replicó Graham. "Déjalo por ahora. ¿Y los demás?"

"Alice Swift es muy reservada. Estuvo en su habitación casi todo el día. Bajó a tomar el té de la mañana, pero Marcella le llevó la comida y la cena a su habitación", dijo Barnwell.

"Está trabajando en un tapiz", explicó Graham. "Una mujer con talento".

Harding frunció el ceño, pero recuperó rápidamente la compostura. "No hay indicios de que esté de luto o preocupada por la muerte del doctor Norquist. Ni siquiera está claro que la conociera. Probablemente podamos descartarla".

"¿Con quién tomó el té?" preguntó Graham.

"Eh... el coronel Graves", dijo Barnwell, consultando sus notas.

La conversación se detuvo. "Espera, ¿se conocen?" preguntó Harding.

Barnwell volvió a consultar sus notas. "Hablaban de dinero, eso fue todo lo que pude averiguar. Era difícil oírles", informó. "Había otras personas alrededor y estaban muy cerca, ya sabes".

"¿Dinero?" se preguntó Roach en voz alta. "¿Qué hace el coronel ahora que se ha retirado del ejército?".

"Inversiones inmobiliarias, al otro lado del charco", le dijo Graham. "Quizá Alice y él tengan negocios juntos. Ella parecía lo bastante rica, ¿verdad, sargento?".

"Lo bastante rica como para abrir un negocio de tejidos en una zona lujosa y cara de Londres", comentó ella. "No parecía que le faltara un céntimo".

"¿Y Sylvia?" dijo Graham. "Tampoco era precisamente pobre".

"Es decir", dijo Harding a continuación, "cualquiera que se aloje en la posada de la Casa Blanca tiene una buena cantidad de dinero bajo el colchón, eso seguro. ¿Cuánto cobra la Sra. Taylor a sus clientes a largo plazo, quizá 70 libras por noche?".

"Más o menos. O quizá un poco más", confirmó Graham.

"He aquí una teoría", empezó Barnwell. "El coronel tiene problemas económicos, ¿verdad? El mercado inmobiliario de Estados Unidos se hunde o lo que sea. Le pide un préstamo a la doctora Norquist y ella le dice que no".

"Continúa", dijo Graham, ya un poco escéptico.

"Así que la presiona para que le demuestre que le quiere, que confía en él, dándole dinero. Pero todo se desmorona entre ellos porque ella no quiere dar el dinero. A él le faltan las hipotecas o lo que sea, así que sus propiedades corren el riesgo de ser embargadas".

Era una teoría más completa de lo que Graham había esperado, pero no carecía de puntos débiles. "Y entonces..."

"Entonces, la envenena. Fin de la historia".

Barnwell se echó hacia atrás, con una expresión de orgullo en el rostro.

"Bueno, eso ha sido anticlimático", refunfuñó Harding.

"¿Tienes una sugerencia mejor? le replicó Barnwell.

"Tranquilo, agente", le dijo Graham, pero mantuvo un tono ligero. Se daba cuenta de que el hombre se esforzaba al máximo. "Ya nos hemos cerciorado de que el coronel Graves está realmente afligido".

Barnwell se encogió de hombros. "¿No puedes llorar la muerte de alguien aunque seas responsable de ella?".

"Eso es exagerar un poco", argumentó Roach. "El tipo estaba muy afectado. Oíste su voz por teléfono, justo cuando la encontró. Dijiste que parecía desolado".

"Y", dijo Harding, con el dedo en alto, "ya sabemos con qué frecuencia llama el asesino al cadáver. ¿Verdad, señor?"

"Cierto, sargento", convino Graham. "No es 'nunca', pero es bastante raro".

"Maldita sea", maldijo Barnwell. "Creía que había dado con algo, ¿no?".

Graham le dirigió una mirada consoladora. "Sigue haciendo lo que haces, agente. Lo resolveremos, te lo prometo".

Barnwell no estaba dispuesto a rendirse todavía. "¿No podríamos hablar con él, una vez más?", preguntó. "Es que él y la señorita Swift estaban sentados juntos en la sala de lágrimas, muy juntos, bajando la voz. Es que... no sé, me pareció extraño".

Roach no pudo resistirse. "Bueno, reconocerías lo extraño cuando lo vieras".

Barnwell le ignoró. "¿Señor? ¿Qué le parece?"

Graham se puso en pie. "Resolveremos este caso siendo minuciosos. Hagámoslo".

"De acuerdo", dijo Barnwell, lanzando a Roach una mirada provocadora antes de seguir a su jefe hasta el coche.

"Conduce tú", ordenó Graham. "Yo le llamaré".

CAPÍTULO 19



Barnwell condujo con deliberado cuidado y atención, en parte para impresionar a Graham, pero también por la cantidad de turistas que parecían desconocer lamentablemente el código de circulación de Jersey. Se arremolinaban y ralentizaban a todo el mundo. Como siempre.

"No se me habría ocurrido, jefe", dijo.

"¿Hmm?" replicó Graham. Había estado escribiendo en su cuaderno.

"Invitar al coronel a cenar. Es un bonito detalle, dado por lo que ha pasado esta semana".

Graham cerró el bolígrafo y guardó el cuaderno. Se había convertido en la más fluida de las acciones, realizada casi sin pensar, como cambiar de marcha o afeitarse. "No es pura caridad, agente. La gente tiende a decir más cuando cree que no está bajo sospecha. En lo que respecta al coronel, sólo estamos confirmando detalles de fondo".

El White House Inn estaba muy concurrido, pero la señora Taylor encontró para el inspector Graham y el coronel Graves la mesa más tranquila disponible. Se encontraron sentados en la terraza con vistas al Canal de la Mancha. Carlos Alves estaba allí. Estaba fumando un puro. Asintió gravemente a los dos hombres y continuó con su vigilia vespertina, escudriñando las olas como si la felicidad que tan brutalmente le habían robado pudiera emerger de algún modo de las profundidades.

"Tomaré un jerez seco", dijo Graves a Marcella. "¿Y para ti?" El coronel miró a la inspectora Graham.

"Oh, sólo agua. Gracias, Marcella". Marcella se alejó.

Los hombres se miraron. "Quiero empezar dándote las gracias", dijo Graham. "Tu ayuda ha sido inestimable en esta investigación".

El coronel Graves se sorprendió. "Sólo hice lo que haría cualquiera. También espero que pueda haber algún tipo de cierre para mí al encontrar a quien le hizo esto a Sylvia."

"Bueno, cada vez estamos más cerca", le aseguró Graham. "Mira, siento si esto es poco delicado, pero...".

"Por favor", dijo Graves, con las palmas de las manos abiertas.

"Se trata de tus inversiones inmobiliarias. Las mencionaste brevemente la última vez que hablamos. ¿Puedes decirnos algo más sobre tu cartera?".

Marcella volvió con sus bebidas. Graves dio un sorbo a su jerez. Sonrió. "¿Quiere invertir, inspector?

"¿Con mi sueldo? Graham resopló. "Difícilmente".

"Bueno, puedo contarte cómo funciona", dijo el coronel Graves, dejando su vaso sobre el

impoluto mantel blanco.

"¿No te importa que tome notas? Es sólo rutina", aseguró Graham al coronel.

"Ni un poco. Pero nada de robar mis ideas de inversión. He trabajado muy duro para ganar ese dinero". Llegaron sus entrantes. Marcella desapareció en un segundo.

"¿Así que eres uno de los varios inversores?"

"Así es", dijo Graves, pinchando un trozo de lechuga romana con el tenedor. "Formamos un sindicato. Todos colaboramos, compramos y arreglamos el local, generamos cierto interés entre la gente adecuada y lo vendemos. El agente se lleva una parte, y después de todos los impuestos y demás, el resto se divide entre los miembros. La cantidad que recibimos es superior a la que aportamos, al menos esa es la teoría. Pero es un juego de azar. Nunca estás seguro de que vaya a funcionar".

"¿Y cuántos sois?" preguntó Graham. Su sopa de zanahoria y jengibre estaba bastante sabrosa.

"Siete, esta vez. Tengo un negocio en marcha en Tampa en este momento. Queremos liquidar probablemente...". Calculó mentalmente. "Unos 30.000 dólares cada uno, quizá un poco más".

"¿Y una vez que esté hecho?"

"Entonces volvemos a empezar. Soy un inversor en serie. Nunca tengo más de un negocio a la vez. Sólo negocio en efectivo. Nunca pediría un préstamo para afrontar una operación inmobiliaria".

"¿Por qué no?" preguntó Graham. "La mayoría de la gente lo hace".

Graves se rió. "Yo no, amigo. Demasiado sabio", dijo, dándose golpecitos en la nariz. "Si pidiera un préstamo por encima de mis posibilidades y todo se fuera al garete, le debería a algún banco chupasangre una maldita fortuna sin nada que vender, salvo la camisa que llevo puesta. Cuando empecé, puse todo mi empeño en esto, de verdad. Pero no soy rico y cada vez me reservo un poco, prefiriendo guardarlo en el banco. Mi reserva crece constantemente con cada nuevo trato. Lento y constante, así soy yo".

"¿Por qué arriesgarse? preguntó Graham.

"Todo lo que quería -dijo Graves, con el rostro desencajado- era hacer unos cuantos buenos negocios allí, cobrar una vez que hubiera ganado una modesta suma y casarme con Sylvia. Pensé que nos compraríamos una casita en algún sitio -dijo, mirando hacia la bahía-. "Sólo quería que viviéramos juntos tranquilamente. Casi lo había conseguido". Ahora le invadía la tristeza, y Graham sintió compasión por aquel hombre. Una vida de servicio y sacrificio, y ahora nadie con quien compartir lo que quedaba.

"Lo siento, coronel. Es terrible lo que ha ocurrido". Graham sintió deseos de decir algo más, incluso de estirar la mano para coger el brazo o el hombro de Graves, pero le pareció inapropiado.

El coronel Graves respiró hondo. "Todos seguimos adelante, ¿sabes? La vida no se detiene porque tengas un poco de mala suerte".

Las cejas de Graham se alzaron por sí solas. Algo en el tono del coronel le decía que el hombre mayor no se refería sólo al fallecimiento de Sylvia. "¿Mala suerte, coronel?"

"Sí, la de Tampa. Bueno, no mala suerte exactamente. Los cabrones se adelantaron. Nadie me consultó, por supuesto. Deben pensar que estoy hecho de dinero". El enfado del coronel era auténtico, y al llegar tan pronto después de la pena y la tristeza, fue una conmoción para Graham.

"¿Le importa que le pregunte? Graham apartó deliberadamente el cuaderno unos centímetros, como si quisiera asegurar al coronel que estaban hablando extraoficialmente.

"Había otro apartamento en el mismo edificio. Mis amigos inversores lo vieron como dinero

fácil. Ya nos habíamos dirigido a los clientes adecuados, ya habíamos sondeado los barrios adecuados. Podíamos conseguir dos ventas a cambio de nuestros esfuerzos, ¿no? Así que rápidamente aportaron otros 75.000 $ cada uno para comprar el segundo piso. ¿Te lo imaginas?

"¿Un poco rico para tu sangre?" adivinó Graham.

"¡Demasiado sangriento! Ni siquiera me preguntaron antes de comprometerse. Y luego se volvieron y me amenazaron con no volver a trabajar conmigo si no me unía. Corría peligro de perder mi puesto en el sindicato. Que me echaran porque carecía de... Bueno, ya sabes lo que quiero decir".

"Creo que sí. Muy presuntuoso por su parte".

"Llevan años haciendo este tipo de cosas, los malditos tiburones. Disminuyen las filas hasta que sólo quedan tres o cuatro para repartirse las mejores pistas, los mejores negocios. Cortejan a los inversores potenciales, les convencen para que se unan, les tratan con amabilidad, y luego les echan cuando no muestran la suficiente fortaleza, la voluntad de adelantar una buena cantidad de dinero. Es un negocio despiadado, detective inspector. A menos que aportes millones, te tratan como a un aficionado".

"Entonces, ¿en qué punto estás?" preguntó Graham.

"Por cierta vía navegable sin cierto instrumento", hizo una mueca el coronel. "Hasta que..." Sus ojos adquirieron una mirada curiosamente lejana. "Probablemente no debería mencionarlo, pero sé que puedo hablar en confianza".

Graham apartó su cuaderno unos centímetros más. "Mis labios están sellados".

Inclinándose hacia él, el coronel le dio la noticia en un susurro conspirativo. "Alice me prestó el dinero. Todo. Me avaló para el segundo apartamento, me ayudó a mantenerme en el juego. Les enseñé a esos cabrones con quién estaban tratando".

"¿Alice Swift?"

"La misma. Una mujer extraordinaria. Ve lo mejor de la gente".

"Estoy seguro", respondió Graham. Interiormente, era un borrón de pensamientos. Tenía tantas preguntas, cada una más difícil de plantear que la anterior. "Y, si no es una pregunta demasiado poco delicada, ¿cuál era la naturaleza de tu acuerdo de devolución?".

"Oh, todo justo y correcto", dijo. "Incluso empecé a devolverle algo de dinero el mes pasado, con los beneficios de una pequeña venta en el Panhandle de Florida, que finalizó justo antes de que me hiciera cargo del negocio de Tampa. Es sólo mi tercer esfuerzo y no ha estado mal", dijo, frotándose ligeramente las manos. "Pero nada de la magnitud de estas propiedades de Tampa", dijo como asombrado por los riesgos que había aceptado correr.

Aunque muy distraído por esta nueva complejidad de su caso, Graham mantuvo las apariencias durante el resto de la cena. Poco después de las nueve, Graham dejó a Graves para disfrutar de un whisky después de la cena. "Puede que me ponga al día con ese tipo, Alves", le dijo el coronel cuando Graham se despidió. "No habla mucho, pero cuando lo hace... es un tipo fascinante. Ha estado en todas partes".

Graham le dio las buenas noches al coronel y se fue a su habitación. Decidió dormir con la nueva información que le había dado el coronel Graves. Se levantaría temprano y convocaría a su equipo para una reunión matutina.

Más tarde, mientras Graham intentaba dormirse, dejó que sus pensamientos divagaran. Esperaba centrarse en algo que no fuera la desgraciada muerte de Sylvia Norquist, pero se mantuvo despierto pasada la medianoche por la persistente idea de que aquel caso, frustrante y escurridizo por momentos, estaba por fin a punto de abrirse de par en par. Algo le decía que mañana sería el día.

CAPÍTULO 20



Al principio, Graham pensó que traer una pizarra blanca sobre un caballete podría ayudarles a tener una lluvia de ideas más eficaz. Al verla ahora, cubierta de notas garabateadas, ideas tachadas y medio borradas, y un par de diagramas descabellados, empezaba a preguntárselo. Llevaban tres horas "uniendo los hilos de la investigación", como él había dicho en un principio, pero que en realidad se parecía más a discutir como perros y gatos. Le apetecía un descanso.

"Vale, diez minutos, chicos y chicas", dijo, aliviado por haberles echado de su despacho durante unos minutos. "Todos nos sentiremos mejor después de respirar aire fresco y tomar una taza de té".

Los dos alguaciles discutieron hasta la puerta principal, donde se riñeron durante el tiempo que duró el cigarrillo de Barnwell. De vuelta en su despacho, Graham dedicó al sargento Harding una sonrisa cansada y sacudió la cabeza.

"¿Te parece que estamos llegando a alguna parte?", preguntó.

Harding echó un vistazo a la pizarra, cogió el borrador y lo limpió todo. Luego empezó a escribir con letras grandes y claras.

"Tenemos a Sylvia". Janice escribió el nombre en la pizarra. "Antigua de esta parroquia. Conocida por todos los sospechosos", dijo. "Esto encaja con la altísima probabilidad de que la víctima conociera al asesino".

"Casi seguro", confirmó Graham.

"Está el exótico y carismático Sr. Carlos Alves. Visitante de Sudamérica", dijo, escribiendo su nombre en la pizarra con una línea de puntos a Sylvia. "Padre de un adolescente que murió mientras estaba a su cuidado".

"Malditamente trágico", añadió Graham.

"Pero no estuvo presente durante el período previo al asesinato. Tenemos confirmación de ello", dijo.

"Nada menos que de la poderosa investigadora que es la agente Roach", bromeó Graham.

"Maravilloso. Su aterradora esposa no aparece por ninguna parte, y no tenemos motivos para creer que esté en Jersey, así que podemos descartar a las personas con el móvil más obvio."

"Al 99%", confirmó Graham. Nunca le satisfacía el "siempre" ni el "absolutamente". Ya había habido demasiadas excepciones y rarezas a lo largo de su carrera.

"Luego tenemos a los Pilkington", dijo, añadiendo sus nombres a la pizarra, "conocidos de Sylvia por su trabajo". Nigel fue sometido con éxito a un tratamiento contra el cáncer, aunque en su desafortunado caso parece haber reaparecido la 'Gran C'".

"Para gran conmoción de la señora Pilkington", añadió Graham.

"Y estaba igual de conmocionada porque su marido había visto a Sylvia sin que ella lo supiera. Y enfadada. ¿Lo achacamos a... bueno, a que son una pareja graciosa?".

"Dígamelo usted, sargento. ¿Qué probabilidad hay, teniendo todo en cuenta, de que un oncólogo se involucre con una paciente muy enferma?"

"Debe ocurrir, pero no creo que sea demasiado frecuente".

"Y, no es por ser grosero con el hombre, pero ya viste a Nigel. No es exactamente material de modelo masculino. ¿Estoy en lo cierto?"

"Lo estás", confirmó Harding. "Quiero decir que los años no le pesaban a Sylvia. Podría haberlo hecho mucho mejor".

"Es difícil decirlo", dijo Graham. "Sólo la he visto enterrada en la arena, o tendida en una losa mortuoria, muerta como un dodo".

Harding siguió escribiendo. "Así que, sea lo que sea lo que está ocurriendo entre los atribulados Pilkington, no podemos imputarles un asesinato".

"Muy difícil de hacer en estos momentos", convino Graham. "Sólo tienen motivos para estarle agradecidos. Y enfadarse entre ellos, pero ésa no es la cuestión".

La pizarra se estaba llenando de nombres, líneas y notas, pero al menos era una representación más ordenada del caso que su intento anterior. "Vale, ¿asumimos que Alves no pagó a un asesino?". planteó Harding.

Graham negó con la cabeza. "La verdad es que no me lo imagino asesinando a Sylvia de otra forma que no fuera con sus propias manos. Los asesinatos por venganza son brutales. Esto fue un rápido envenenamiento. No encaja".

El sargento Harding estuvo de acuerdo. "E incluso si hubiera pagado para que la envenenaran, ¿utilizaría su asesino un método como el Wolfsbane?".

"Poco probable. Demasiado indirecto, susceptible de error. Además, dadas las circunstancias y si eligieran el envenenamiento, yo pensaría que preferirían algo que alargara el proceso, no que la matara en el transcurso de una tarde desagradable."

Apartándose de la pizarra, Harding dijo: "Entonces, buscamos a alguien completamente distinto".

"Sí", dijo Graham. Se levantó y empezó a pasearse por el pequeño despacho. "Piensa en esto", decía. "¿Se quedaría el asesino en Jersey después de cometer el crimen?".

"Si acabara de matar a alguien, me alejaría lo más posible", le dijo Harding.

Graham intentó el enfoque opuesto, sólo para hacer de abogado del diablo. "Pero el asesino podría haberse quedado en la ciudad para desviar las sospechas. Como diciendo: '¡Mira, sigo aquí! No tengo nada que ocultar'".

"Pero en ese caso", replicó Harding, "tendríamos algo contra ellos, alguna conexión o motivo o... algo".

CAPÍTULO 21



Graham tomó la tiza. "Siguiente. Coronel Graves".

"Nuestro antiguo amante y magnate inmobiliario". Harding rió suavemente.

"Vamos, vamos, sargento", dijo Graham, con tono admonitorio. "Está dolido y es de verdad".

"Me dijiste", replicó Harding, "que no se puede descartar a nadie por completo".

"¿Pero en qué le beneficia matar a la mujer a la que está a punto de declararse? Si esperaba acceder a su riqueza, habría hecho mejor en casarse primero con ella". Graham se quedó mirando por la ventanilla. "Es posible que la matara en un arrebato de cólera después de que ella no le diera ni su mano ni su dinero, pero sólo era una dulce doctora jubilada. No hay nada que sugiera que ella lo rechazara y él estuviera loco por ella. No percibí nada malévolo en ellos en absoluto, ni en mi trato con el coronel Graves ni por los informes que otros tenían de ellos".

"Eso es cierto. Medio hotel sabía de ellos dos. Y la señora Taylor, por supuesto".

Graham se detuvo en seco. "¿Podemos descartarla a ella también?".

"Oh, Dios, sí", dijo Harding al instante. "Los asesinatos pueden aumentar la reputación de un hotel si hay una celebridad implicada y pasan unas décadas, pero lo único que ha hecho desde que llegamos es recordarnos lo importante que es el verano para su negocio".

"Exacto. No le hace ningún bien tener a un montón de policías correteando por ahí".

Harding siguió pensando. "Es imposible que esté metida en un extraño triángulo amoroso con Sylvia y el coronel, ¿verdad?".

El inspector Graham no pudo evitar una carcajada rápida e indulgente. "Vaya, sargento, qué imaginación. No tenemos motivos para sospecharlo, pero me gusta tu ingenio".

Barnwell reapareció en la puerta. "Eh, ¿qué coño le ha pasado a mi diagrama?", preguntó. "Tenía algo ahí".

"Lo que tenías -le informó Harding- era digno de una clase de arte para niños. Esto -anunció- es mucho mejor".

Con los brazos cruzados, Barnwell tomó asiento y dejó que los dos siguieran intercambiando ideas. Roach se deslizó a su lado. Pasó otra página de su bloc de notas, dispuesto a anotar sus pensamientos como había hecho durante toda la investigación.

"¿Y Alice?" preguntó Harding.

"Le prestó dinero a Graves", les dijo Graham. "Puede que no sea en modo alguno relevante, pero sólo quiero exponerlo".

"¿Era para sus inversiones inmobiliarias?" preguntó Roach.

Graham explicó lo del sindicato en el que Graves había estado invirtiendo dinero, la forma en

que estaba siendo presionado por el grupo inversor. "Ya ha empezado a devolverlo", añadió.

Barnwell soltó una risita obscena. "¿A devolverlo cómo, exactamente?".

Harding le dirigió otra mirada exasperada, con las manos en las caderas. "¿De qué estás hablando?"

"Quiero decir que la has visto. Esa Alice, es totty ella", dijo Barnwell, evitando por los pelos aclarar su punto de vista con un gesto lascivo. "¿Es tan imposible de creer?"

"¿Que el coronel Graves estuviera engañando a su amada Sylvia? ¿O que Alice Swift, con toda su...?" Harding apenas podía creer que estuviera cayendo tan bajo, "activos, se interesara por un ex soldado de setenta años con la...".

"Sigue así", interrumpió Barnwell.

"Labio superior", enunció Harding, "que jamás hayas visto". Puso los ojos en blanco ante Graham. ¿Cómo voy a trabajar con estos bufones?

"Pongamos un alfiler en ésa", dijo Graham con diplomacia. "¿Tiene Alice algún motivo para hacer daño a Sylvia?". Tres pares de hombros se alzaron ligeramente y luego volvieron a caer. "Gracias, equipo. Excelente trabajo policial", dijo el inspector con gran sarcasmo.

"Si no hay nada que encontrar", objetó Barnwell, "no lo encontraremos, ¿verdad?".

"Vale, tienes razón", permitió Graham. "Entonces, ¿quién nos queda?".

"Hay un suicidio. No hemos vuelto sobre eso", insistió Barnwell.

"Porque es una gilipollez", rebatió Roach.

"¿Tan seguro?" preguntó Graham.

Roach se mostró inflexible. "Era feliz, estaba enamorada, vivía en la hermosa isla de Jersey en verano y tenía mucho dinero. ¿Qué posible razón...?"

"No quiero dar a esta idea más crédito del que debería", dijo Graham con cautela, "pero que alguien parezca feliz no significa que lo sea".

"Fíjate en Marilyn Monroe", propuso Harding.

"Lo hago a menudo", replicó Barnwell.

"Seguimos adelante", decidió Graham. "Si ninguno de los empleados del hotel es sospechoso y podemos descartar a todos los que hemos interrogado, entonces...".

"No estamos en ninguna parte", dijo Roach con desaliento.

Graham se puso en pie. "Voy a dar un paseo. Si te cae un rayo investigador en la próxima media hora, llámame".

Fuera hacía un mediodía cálido y soleado, uno de los días más calurosos del año hasta el momento. Graham dejó la chaqueta y se arremangó. Incluso podría ser, se preguntó, una oportunidad para cambiar su aspecto de londinense pálido por algo un poco más exótico. Por no decir atractivo.

Caminó hacia el oeste, casi con el piloto automático, en dirección al océano. Las cimas de los acantilados ofrecían unas vistas espectaculares de las otras islas del Canal, más allá, y luego de la costa de Francia, sobre todo en un día tan despejado como aquel. Llegó a la cima tras veinte minutos de paseo serpenteante y se sentó en la hierba. Bastantes años antes, le habían invitado a un retiro de meditación en Escocia que tenía un paisaje un poco parecido a éste: prados verdes, pueblecitos dispersos con carreteras serpenteantes que desaparecían en el valle siguiente, y vistas impresionantes del sereno y centelleante Atlántico. Había pasado un largo fin de semana simplemente inspirando y espirando. No había sido lo suyo, si era sincero. Al tercer día, estaba aburridísimo, pero una morena especialmente seductora llamada Isla le había invitado, y no podía negarse, sobre todo cuando se lo había pedido tan amablemente: .....

Sin previo aviso, una bombilla se encendió en su cabeza. Iluminó zonas de su mente, detalles

de su memoria que habían languidecido en la oscuridad. Se establecieron nuevas conexiones, incluso mientras estaba allí sentado, aturdido por lo repentino de la sensación. Las piezas encajaban en su sitio. Los acontecimientos de los últimos cuatro días trataron de relacionarse entre sí de formas novedosas y con una lógica nueva.

"Maldita sea".

Se levantó y buscó su cuaderno antes de recordar que estaba en el bolsillo de la chaqueta, colgado en el respaldo de la silla del despacho. Con la adrenalina a flor de piel, recorrió el kilómetro y medio de vuelta a la comisaría a un ritmo que habría sido impresionante en un hombre mucho más joven. Le estimulaba el poder energizante de un descubrimiento crudo e independiente. Nunca se había sentido tan vivo como en esos momentos.

CAPÍTULO 22



Los tres policías estaban de pie en el vestíbulo de la Comisaría de Gorey, mirándose unos a otros, confusos. Desterrados del despacho del inspector Graham mientras éste realizaba lo que parecía una serie de llamadas telefónicas, se preguntaban con qué diablos se habría tropezado durante su paseo vespertino.

"¿No crees", dijo Barnwell en voz baja, "que nuestro nuevo jefe está un poco chiflado, verdad?".

Harding le dirigió una mirada escéptica. "No, agente. No lo creo".

"Quiero decir", insistió Barnwell, "que me gusta un soplo de aire fresco tanto como a cualquiera, pero...".

Graham salió de su despacho, haciendo retroceder la puerta con tanta fuerza que chocó contra la pared. "Amigos, romanos, compatriotas", empezó, "prestadme vuestro coche para que pueda ir a la posada de la Casa Blanca y poner fin a este maldito caso, de una vez por todas".

"¿Un gran avance, jefe?" preguntó Roach, excitado.

Graham se volvió hacia él. "Puede que sí. No lo sabré con seguridad hasta que todos hagamos un poco de observación de la gente. Acabo de llamar a la Sra. Taylor y está corriendo ahora mismo, haciéndonos un favor".

El trayecto fue decidido y rápido, a pesar de los turistas errantes de aquella tarde soleada. Se detuvieron en un paso de peatones para dejar cruzar a un anciano, pero éste cambió de idea en medio y volvió por donde había venido. "Maldito cabrón", murmuró Harding. "¿Cree que vamos en un coche de policía porque nos gustan los colores?".

"Deberías haber puesto la sirena", recomendó Barnwell desde el asiento trasero. "Dale un buen susto".

"Gracias, agente -dijo Graham-, pero prefiero ocuparme del asesinato del doctor Norquist que del infarto de un desconocido cualquiera. Y abróchate el cinturón. Conoces la ley por aquí, ¿verdad?".

La señora Taylor cumplió su palabra. "Buenas tardes, detective inspector. Debo decir que me sorprendió recibir su llamada, pero es una excelente noticia que todo esto pueda acabar pronto", se entusiasmó.

"No hago promesas, señora Taylor", le recordó Graham. "Pero tengo una corazonada. Y a veces eso basta".

El personal de la Posada de la Casa Blanca, incluida la bulliciosa y eficiente Marcella, había despejado la terraza excepto una gran mesa. Alrededor de ella se sentaban siete figuras

conocidas. Siguiendo las instrucciones de Graham, Carlos Alves estaba más alejado de la puerta, seguido de los Pilkington, el coronel Graves y luego Alice Swift. La Sra. Taylor y Marcella ocuparon los dos últimos asientos. Harding, Roach y Barnwell se colocaron alrededor de la terraza mientras Graham se dirigía al centro y se dirigía al grupo.

"Gracias a todos por estar aquí esta tarde", empezó. "Estoy seguro de que los últimos días han sido difíciles para todos. Sylvia era una doctora popular y respetada, y muchos la echarán mucho de menos, incluidos algunos de vosotros". Graham pronunció sus palabras con cuidado. Sabía muy bien que no todo el mundo en esta terraza estaba desolado por esta pérdida en particular.

"Todos habéis sido muy generosos con vuestro tiempo y, sobre todo -recalcó-, totalmente sinceros en vuestras declaraciones a la policía". Hubo un aleteo de preocupación en todo el grupo. No estaba claro a cuál de ellos se acusaba de falta de honradez. "Mi equipo y yo -continuó Graham, señalando al trío- hemos agotado todas las vías de investigación, incluidos los ángulos forenses, y hoy estamos aquí para lo que equivale a... bueno, supongo que es un interrogatorio final, realizado en masa. ¿Alguien tiene alguna objeción a este formato tan poco ortodoxo?".

Nadie habló. Roach estaba escribiendo, tal como le había ordenado Graham. Llevaba un registro, no de lo que se decía, sino de lo que hacía cada persona. Antes de verse reducido a partidas subrepticias de solitario bajo el mostrador de recepción, Roach había sido un jugador de póquer decente. Incluso había ganado un campeonato local. Leer las reacciones de la gente, había insistido a Graham en su primer día de trabajo, era una especialidad que el DI estaba deseando poner en práctica.

"Expondré el caso tan claramente como pueda", dijo Graham. "Nada es seguro en este juego, pero estamos seguros al 99% de que el Dr. Norquist fue asesinado". Los Pilkington soltaron un leve grito ahogado, pero ése fue el único movimiento que Roach pudo detectar. "También estamos seguros al 99% de que alguien la envenenó con un brebaje de hierbas conocido como tintura de acónito, también conocida como acónito de lobo".

El coronel parecía completamente consternado. Tal vez fuera culpabilidad por la revelación de lo que había hecho, pensó Graham, o simplemente disgusto por que le dijeran el método por el que le habían arrebatado a su amada. Alice fruncía el ceño, como si estuviera dándole vueltas al asunto. A la izquierda de Graham, Alves liaba un cigarro apagado entre los dedos, como si todo aquel asunto le resultara indiferente.

"El acónito o acónito del lobo es un veneno mortal, pero no especialmente común. Tiene la virtud de ser prácticamente indetectable. No deja rastros, salvo los síntomas del propio envenenamiento: asfixia causada como consecuencia de un paro cardíaco".

Al coronel le costaba dominar sus emociones. Por un instante, Graham se preguntó si había sido un error invitar a aquel hombre, pero se recordó a sí mismo que, para que el truco del prestidigitador tuviera éxito, todos los participantes en la investigación debían estar presentes.

"Así que, una vez establecidos esos hechos -dijo al grupo-, nuestra investigación pasó a centrarse en los posibles motivos. Y aquí", dijo, "teníamos un lugar obvio por el que empezar". Graham se volvió hacia Carlos Alves. "Señor, no es ningún secreto que albergaba mala voluntad hacia el Dr. Norquist, ¿correcto?".

Alves no dijo nada, y siguió liando su puro de un lado a otro.

"Ella fue responsable, en una medida que varía según a quién preguntes, de la trágica muerte de tu hijo". Alves levantó ahora los ojos y asintió levemente. "No hay mayor dolor en la vida humana que la pérdida de un hijo. Pero, por desgracia, te convirtió en nuestro principal sospechoso".

"Habría sido un placer -dijo Alves con estudiada malevolencia- negar la vida a la mujer que me arrebató a mi hijo".

El coronel Graves hizo ademán de levantarse, pero Barnwell respondió más rápido, con mano firme, advirtiendo al indignado ex oficial que no fuera más lejos.

"Pero yo no fui responsable de este crimen", dijo Alves.

"No, no lo fuiste", concedió Graham. "Estabas en Guernsey en el momento del asesinato. A menos, claro", añadió, "que pagaras a alguien para que llevara a cabo este acto".

Alves miró furioso a Graham. "¿Pagado? Yo no pagaría para que hicieran algo así. Lo habría hecho yo mismo". Hizo una pausa. "Pero no lo hice".

"No, desde luego", afirmó Graham. "Te creo". Graham se volvió para mirar al grupo. "Estábamos hablando del motivo", les recordó. "Anne Pilkington. Tú tenías precisamente ese motivo, ¿no es cierto?".

Anne se llevó la mano al pecho. "¿Yo?", jadeó.

"Te preocupaba que tu marido pudiera tener una aventura con el Dr. Norquist. Eres una mujer celosa y sospechabas que, durante el tratamiento contra el cáncer de tu marido, se habían hecho íntimos. Incluso íntimos".

Nigel, por su parte, parecía completamente abatido y agotado. Roach, que escribía notas, imaginaba que aquellos repetidos recordatorios de su lucha a vida o muerte contra el cáncer debían de pesarle. "No estoy celosa ni sospechaba nada por el estilo", replicó Ana. "Nigel y yo estamos tan unidos como nunca".

"Pero te pusiste furiosa cuando descubriste que habían estado pasando tiempo juntos", le recordó Graham. "Sin tu conocimiento. La sospecha de una aventura fue el destino inmediato de tus pensamientos cuando te enteraste".

Meneando la cabeza con firmeza, Anne replicó: "Hicimos un pacto tras su diagnóstico el año pasado de que seríamos absolutamente sinceros el uno con el otro. Era la primera vez que Nigel me ocultaba algo desde entonces".

"Pero fue por tu propio bien, amor mío", se sinceró Nigel. "No quería que supieras que el cáncer había vuelto. Esta vez... bueno, no podía hacerte pasar por todo eso otra vez". Los Pilkington se sentaron, cogidos de la mano. "Iba a adentrarme en la bahía una noche y no volver jamás. Quería, aún quiero, acabar con todo aquello". La pareja se abrazó y luego se sentó en un intenso silencio compartido, aparentemente ajenos ya al drama que se desarrollaba a su alrededor.

Harding estaba a punto de llorar, pero Graham recuperó rápidamente la concentración. "Lo que nos lleva al coronel Graves". Graham veía que no iba a ser un momento fácil. "Más a menudo de lo que puedas creer", dijo Graham, "y mucho más a menudo de lo que cualquiera de nosotros desearía, son los más cercanos a sus víctimas los responsables de sus muertes".

CAPÍTULO 23



"No puedes pensar..." empezó Graves, con la cara roja.

"Tengo que hacerlo, coronel. Durante investigaciones como ésta, debemos hacer las preguntas más difíciles y seguir las pistas más inverosímiles. Nos dijiste que estabas a punto de declararte a Sylvia".

"Iba... iba", respondió el coronel.

"Pero nos vimos obligados a considerar que ya le habías pedido que se casara contigo, y que te había rechazado. Todos aquellos planes cuidadosamente trazados arruinados", especuló Graham. "Tu futura felicidad hecha jirones".

Graves meneaba la cabeza en silencio.

"O tal vez pediste dinero al Dr. Norquist para que te sacara de tus problemáticas inversiones en Estados Unidos, y ésta fue la negativa que le costó la vida a Sylvia".

"Ya hablé de eso contigo -carraspeó Graves- en confianza".

"Y te pido disculpas, pero lo mío es atrapar a un asesino, sean cuales sean las desgracias que te hayan ocurrido a ti".

"¡Esto es indignante!" rugió Graves. "¡No tienes derecho a hablarme así!".

"Tengo todo el derecho", replicó Graham, "a interrogar a quienes crea que pueden ser cómplices de un asesinato y a hacerlo del modo que me parezca oportuno".

Harding empezaba a preocuparse. ¿Se preguntaba si Barnwell tenía razón y su nuevo DI estaba un poco "chiflado"? ¿Eran realmente acertados sus métodos, incluida aquella extraña actuación en la terraza? ¿Eran de fiar sus conclusiones, fueran las que fueran?

Pero antes de que pudiera intervenir, se oyó una voz airada desde la mesa. "¡Déjale en paz!" insistió Alice. "No ha hecho nada malo".

Hubo silencio en la terraza durante un largo momento. Luego Graham reanudó la conversación donde la había dejado. "Señorita Swift. Me pregunto si hay algo que quiera decirnos".

Alice se sentó obstinadamente, con los brazos cruzados.

"¿Quizá le gustaría decirnos por qué encargó flores de aconitum por Internet?". preguntó Graham. "¿Quizá por qué elegiste confeccionar un veneno entre los tintes y tintas de tu habitación?".

Alice permaneció en silencio, con la mirada fija en el océano.

"¿Quizá por qué -preguntó Graham, acercándose ahora a ella- añadiste una dosis mortal de acónito al vino de Sylvia mientras fingías ser su amiga y compartías confidencias?".

Carlos Alves estaba de pie, con el puro olvidado sobre la mesa y el rostro fijo por el asombro.

"¿Quizá por qué", insistió Graham, percibiendo el creciente tumulto entre los demás, "permaneciste con ella durante los atroces síntomas del envenenamiento con acónito?".

Ahora el coronel también se había levantado. Miró fijamente a Alice.

Graham continuó. "¿Por qué le impediste pedir ayuda? ¿Cogiste su teléfono? ¿Le dijiste que todo iría bien, incluso le ofreciste más vino mezclado con veneno que ya entonces le hacía agitar el corazón y gorgotear de angustia?"

"Dios mío...", exhaló Anne Pilkington.

"¿Sabía Sylvia lo que estaba ocurriendo en esos últimos momentos?" preguntó Graham a Alice. El grupo pareció rodearla como si se dispusieran a despedazarla por sus pecados. "¿Se dio cuenta de que tú eras la responsable?".

"¿Ella?" exclamó Marjorie Taylor. "¿Pero por qué?"

"Es lo único que no entiendo", confesó Graham. "¿Por qué, Alice?"

Apretando los puños, con la mandíbula firmemente asentada, Alice Swift habló por fin. "Era una tentadora". La voz de Alice era un siseo furioso. "Una Jezabel. Una consumidora de hombres, despreocupada de los demás y de sus emociones".

Alves lo dijo por todos. "¿En nombre de Dios, de qué está hablando?".

La mujer asesina se dirigió ahora a él. "Sedujo a mi Jorge".

"¿A tu Jorge?" dijo Harding, casi sin darse cuenta. "¿Al coronel, y a ti...?".

"Esa mujer, la doctora -escupió Alice la palabra-, lo sedujo, se burló de él. Le ofreció una vida tan reconfortante, sacarina y aburrida que iba a declararse...".

"Oh, Dios", consiguió decir por fin el coronel Graves. "Oh, Alice, ¿qué has hecho?".

"¡Tenía que hacerlo!" chilló Alice. "No había otra cosa..."

El coronel Graves se volvió hacia Graham, demacrado y ceniciento. "Lo siento... Debería haber mencionado algo sobre nuestros tratos antes... Es que nunca, jamás, ni en mil años habría pensado...".

Sin decir nada más, Graham hizo un gesto con la cabeza al sargento Harding, que se acercó a Alice por detrás, con las esposas preparadas. "Alice Swift, queda detenida como sospechosa del asesinato de la doctora Sylvia Norquist". Mientras las esposas encajaban en su sitio, Alice parecía luchar con demonios internos que nadie más conocía, la ira y el resentimiento hirvientes que la habían llevado a cometer un asesinato calculado y a sangre fría la hacían crisparse y estremecerse.

Harding terminó de leerle sus derechos a Alice y condujo a la furiosa mujer desde las mesas hacia la puerta, donde el agente Barnwell esperaba para escoltar a la prisionera hasta el coche de policía. Mientras Harding la guiaba a través de la puerta, Alice se volvió con maldad y les gritó.

"¡Lo hice por ti, George!". Su voz era una fría aspereza. "¡La maté por ti!"

Graves dejó caer la cabeza sobre las manos, inconsolable ahora. Se llevaron a Alice. "¡Oh, Sylvia!", repetía una y otra vez. Graham se sentó junto al coronel, aliviado de que su apuesta hubiera dado resultado y de haber desenmascarado con éxito al asesino.

"No pasa nada, George. Todo ha terminado", le dijo al afligido coronel.

"¿Pero cómo...?" El coronel se mostró lastimero.

"Ahora sabemos que la señorita Swift urdió un plan que consistía en encargar aconitum por Internet y preparó el veneno en su habitación antes de invitar a cenar al doctor Norquist la noche anterior al hallazgo de su cadáver", explicó el inspector Graham. "Fueron al Bangkok Palace. Vi una tarjeta de visita del restaurante entre los suministros de tejido de la señorita Swift. Cuando interrogué al personal del restaurante sobre la cena, me enteré de que oyeron a Alice hablar al Dr.

Norquist de tus problemas económicos, posiblemente para desacreditarte ante Sylvia y convencerla de que no se casara contigo. Las dos mujeres discutieron. Creo que Alice, al darse cuenta de que Sylvia no renunciaría a ti, echó en su bebida el veneno que había traído consigo".

El coronel sacudió la cabeza y exhaló. Miró al detective inspector, implorándole que continuara.

"En lugar de llevarla a la posada de la Casa Blanca cuando enfermó -continuó Graham, que cada vez sentía más que se entrometía en el dolor del anciano, pero también respetaba su necesidad de comprender lo que le había ocurrido a su amor-, condujo hasta la escalinata de la playa, donde atiborró a Sylvia con más vino envenenado y se quedó con ella hasta que murió. Creo que había planeado que la marea arrastrara el cuerpo de Sylvia mar adentro, pero tras arrastrarla por las escaleras hasta la playa, Alice estaba demasiado agotada para seguir llevándola y la enterró en la arena.

"De regreso a la posada de la Casa Blanca, Swift se dio una coartada asegurándose de que la vieran por el hotel a la mañana siguiente. Utilizando la llave del Dr. Norquist, Alice entró en la habitación de Sylvia, pidió comida y fingió hablar por teléfono cuando le entregaron el almuerzo. Lo más probable es que la Srta. Swift se bebiera el vino que venía con el almuerzo y se llevara el vaso, destruyéndolo después para que no pudiéramos relacionarlo con ella.

"Creó una coartada para sí misma y la impresión de que Sylvia estaba viva en un momento en que, de hecho, llevaba muerta varias horas. Al ser la hora de la muerte tan imprecisa y utilizar un medio de asesinato apenas detectable, Alice sabía que sería extremadamente difícil inculparla del asesinato. Y tenía razón, el suyo fue un plan astuto que estuvo a punto de funcionar. Alice es sin duda una asesina a sangre fría, coronel. Estaba enamorada de ti y pretendía eliminar a su rival. Tuviste suerte de escapar". terminó Graham en voz baja, sabiendo que sus palabras eran un frío consuelo para el afligido hombre.

Graves miró al detective con pesar. "He perdido a la mujer que amaba, los ahorros de toda mi vida, mi futuro. Yo no llamaría a eso una gran huida".

Graham miró al hombre triste y destrozado con gran simpatía. Dudó, sopesando la conveniencia de su acción, y luego le puso la mano en el hombro. "Lo siento, coronel".

Cuando el inspector Graham terminó su exposición, la tensión desapareció de la sala y sus ocupantes contemplaron en silencio el impacto de sus palabras. La sala se quedó en silencio y quieta. Al cabo de unos instantes, el inspector Graham se retiró con delicadeza y, al hacerlo, otra persona de la sala se agitó.

Apartándose de los demás, y esperando no parecer poco delicado, Carlos Alves encendió tranquilamente su puro y volvió a mirar hacia el agua. Una leve sonrisa se dibujó en sus labios por primera vez en meses. Mientras daba una calada profunda a su puro, Alves cerró los ojos momentáneamente y reflexionó sobre los acontecimientos de los últimos días. Exhaló un pequeño suspiro y el humo del puro se disipó en el aire puro de Jersey. Casi se había dado por vencido, pero se había equivocado. Después de todo, había una pizca de justicia en el mundo.

CAPÍTULO 24



La Sargento Janice Harding sacudió la cabeza con firmeza. "De ninguna manera, Barnwell. Por fin has perdido la cabeza".

"No, hablo en serio", dijo Barnwell. "Sé que no tiene exactamente la edad adecuada, pero existe algo llamado 'licencia artística'".

Graham salió de su despacho. Se estiró y miró a la pareja que discutía. "¿De qué va todo esto?", preguntó.

Barnwell se lo explicó. "Estamos averiguando", dijo, sin avergonzarse lo más mínimo, "quién debería interpretarnos a todos cuando el caso Norquist se convierta en una gran película de Hollywood".

"Estupendo", les dijo Graham. "Me alegro de que sea el duro trabajo policial lo que os mantiene tan ocupados".

"Pensé", continuó Barnwell sin darle importancia, "que Ben Affleck sería un excelente DI Graham".

"¿Ah, sí?" dijo Graham, sacudiéndose distraídamente la pelusa de los pantalones de su traje.

"Y Jodie Foster podría interpretar a la ferozmente devota sargento Harding", dijo Barnwell a continuación. El verdadero sargento Harding no podía estar menos impresionado y le hizo una mueca grotesca al sonriente agente.

"¿Y quién hace de ti, Barnwell?". preguntó Graham con una sonrisa burlona.

"Cruise". Barnwell los miró a los dos. "Quiero decir, obviamente".

"Obviamente", repitió Harding. Siguió a Graham hasta su despacho.

Graham le sonrió. "Me alegro de ver a Barnwell aplicando su aguda perspicacia investigadora", bromeó.

"Prefiero eso a que aparezca medio borracho", dijo ella. "No creo que haya probado una gota desde que llegaste".

"Bien", asintió Graham. "Ya es hora de comer, ¿no, sargento?".

Harding consultó el enorme reloj de pared. "Yo diría que sí, señor".

"Bueno, creo que me toca comprar a mí. ¿Bangkok Palace?", recomendó.

Harding sonrió. "Claro, suena bien".

Graham siguió a Harding hasta el vestíbulo, donde Roach estaba ahora metido de lleno en la discusión sobre Hollywood. "Cruise, dice". Roach se reía. "¿Te lo imaginas?"

"Ni por asomo", dijo Harding, abriendo la puerta de un empujón. "Vigilad el fuerte, vosotros dos", ordenó.

"Lo haré, sargento", dijeron a coro.

"Sabes", dijo Janice al entrar en el coche, "esos dos corren grave peligro de convertirse en policías de verdad un día de estos". Se rió, pero no desdeñosamente. Su respeto por Roach y Barnwell iba en aumento. Desde que su nuevo jefe había aterrizado en Jersey, se habían mostrado puntuales y diligentes, deseosos de ayudar al público y dispuestos a no dejar piedra sin remover. "Apenas les reconozco. Aun así, menos mal, inspector, un detective brillante necesita un equipo de apoyo brillante".

Graham puso los ojos en blanco. "Tranquilo, sargento". Pero con una sonrisa de satisfacción, puso el coche en marcha y se dirigieron hacia el sol radiante de la tarde de Jersey.

EPÍLOGO



A pesar de los esfuerzos del abogado, el jurado se negó a aceptar una acusación de homicidio por responsabilidad disminuida en el caso Corona contra **Swift**. Alice fue condenada a veinte años de prisión por el asesinato de la Dra. Sylvia Norquist. Tras dos años en HMP Wainscott, Alice se implicó en la granja histórica de la prisión y disfruta recreando varios tableaux vivant para el público visitante. Su exposición de tapices Tudor ha recibido grandes elogios.

El **coronel Graves** dejó Jersey para unirse a una asequible comunidad de jubilados para veteranos militares en el territorio continental británico. Allí tiene varias novias, pero ninguna en particular. Ha abandonado sus planes de inversión en Estados Unidos, prefiriendo llevar una vida modesta dentro de sus posibilidades. Aún llora en silencio a "mi querida niña".

Anne y Nigel Pilkington resolvieron rápidamente no hablar nunca del "asunto de Jersey". Regresaron a Gran Bretaña y nunca volvieron a visitar la isla. Nigel Pilkington está ahora bajo cuidados paliativos, pero soporta su carga con valentía para no disgustar a su mujer.

Carlos Alves vendió su velero y regresó a su Ecuador natal, donde se reconcilió con su esposa. Ha resuelto quedarse más cerca de casa en el futuro.

Janice Harding, animada por la llegada del nuevo inspector, esperaba los lunes con inusitado entusiasmo. Creyéndose casamentera y con cierto sacrificio personal, ha hecho una lista de sus amigas para las que el inspector podría encajar.

Tras la conclusión del caso de Alice Swift, **Jim Roach** gastó su siguiente paga íntegramente en libros comprados en la tienda online de la policía de Jersey. Un sábado a las dos de la madrugada, su madre se sorprendió al encontrarlo leyendo Policing Organised Crime: El ascenso

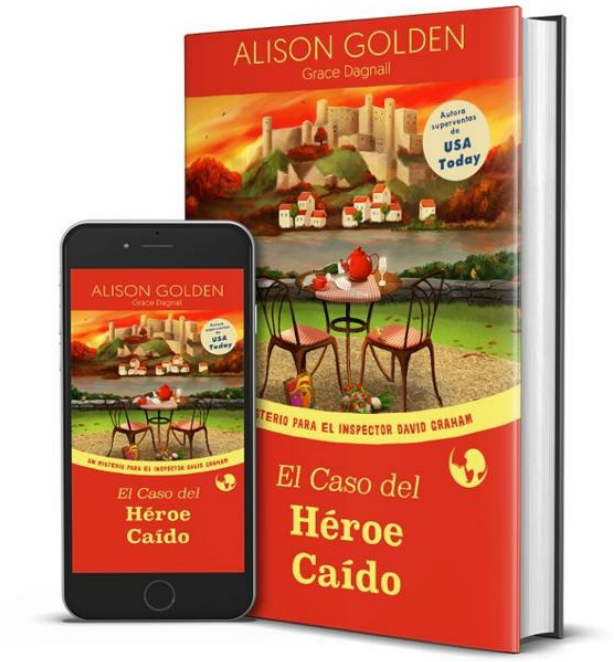
del policía militar.

Por lo que sabían los lugareños, el cambio de régimen en la Policía de Gorey no había afectado al fornido **Barry Barnwell**, salvo dos notables excepciones. En su visita semanal al supermercado, Barnwell fue visto abandonando tranquilamente un paquete de seis latas en una estantería vacía justo antes de unirse a la cola de la caja. También parecía un poco más alegre por las mañanas.

El **Dr. Tomlinson**, que era todo un donjuán y estaba un poco aburrido de su habitual carga de trabajo, se embarcó en una relación con una viuda luchadora y glamurosa de St. Para alivio de Tomlinson, a ella no le gustaba la comida asiática, y su lugar favorito resultó ser un pequeño pero encantador restaurante francés de St. Al cabo de unos meses, puso fin a la relación al darse cuenta de que el "picante", en cualquiera de sus formas, no era para él.

El **DI Graham** se instaló en la Posada de la Casa Blanca y el personal se acostumbró a sus peculiaridades, encontrándole un huésped humilde, educado y amable. Se le veía a menudo solo, paseando por las playas y los acantilados de los alrededores de Gorey. Aunque Graham era un huésped sociable y de larga estancia, la Sra. Taylor habría preferido que se mezclara con gente más próxima a su edad. Graham era consciente de las preferencias de la Sra. Taylor y se esforzaba por frustrar sus esfuerzos en este sentido.





¡Gracias por leer ***El Caso del Amor Oculto***! Espero que te gusten el inspector Graham y su pandilla tanto como a mí. El próximo libro de la serie del inspector David Graham continúa con un nuevo caso que presenta un castillo misterioso, una boda preciosa y un asesinato a sangre fría. Los problemas se amontonan y, con un muerto, cuatro desaparecidos y todo un castillo lleno de oscuros secretos familiares, el inspector David Graham se pregunta si habrá suficiente té en la isla para salir de todo esto... ¡Consigue ya tu ejemplar de ***El Caso del Héroe Caído*** en Amazon! ***El Caso del Héroe Caído*** es GRATIS en Kindle Unlimited.

Para enterarte de nuevos libros, suscríbete a mi boletín: https://www.alisongolden.com/es.

Te agradezco enormemente que me ayudes a correr la voz sobre ***El Caso del Amor Oculto***, incluso contándoselo a un amigo. Las reseñas ayudan a los lectores a encontrar libros. Por favor, deja una reseña en tu página de libros favorita.

Pasa página para ver un extracto del segundo libro de la serie del inspector Graham, El caso de la llama oculta...

ALISON GOLDEN

Grace Dagnall



UN MISTERIO PARA EL INSPECTOR DAVID GRAHAM

El Caso del **Héroe Caído**

CAPÍTULO 1



"¿Cómo te estás adaptando a tu nueva habitación, señor?" preguntó Polly. La camarera del White House Inn se inclinó para servir una taza de té al inspector David Graham.

Se volvió hacia ella y sonrió. "Muy bien, Polly. Muy bien, de verdad, gracias. Tú y todo el personal de aquí hacéis que la señora Taylor se sienta orgullosa".

Tras un desayuno sustancioso y satisfactorio, Graham aspiró la prometedora taza de té que acababan de servirle. Se relajó en su asiento de la ventana. La vista, que llegaba hasta Francia en una mañana tan clara como aquella, le tranquilizó. Pequeñas embarcaciones salpicaban las aguas cristalinas del Canal de la Mancha y, a pesar del grosor de las ventanas de doble acristalamiento del comedor del hotel, podía distinguir el grito de las gaviotas que revoloteaban en el cielo.

Un centenar de pequeñas embarcaciones estaban amarradas en el puerto deportivo de Gorey, aunque algunas ya se aventuraban a adentrarse en el Canal. Graham, saboreando el primer sorbo de su té como un entendido en vinos aprecia un clarete bien aireado, observó cómo se desplegaban las velas de lona blanca mientras un trío de pequeñas embarcaciones de vela salía del puerto.

La vida en Jersey había sido buena para Graham. Había perdido unos dos kilos desde su llegada a Gorey, a pesar de los enormes desayunos tradicionales de la señora Taylor y del ocasional curry tailandés en el Bangkok Palace. No había bebido en más de dos meses, ni siquiera en su trigésimo sexto cumpleaños, que había pasado tranquilamente tres semanas antes.

Los cambios iban más allá. Se había recortado un poco el pelo rubio, tanto para facilitar el mantenimiento como porque pensaba que le daba un aspecto algo más pulido. Sus ojos azules estaban redescubriendo su antiguo brillo, sobre todo después de una buena y fuerte jarra de Assam y un paseo de unos dos kilómetros por Gorey. Sobre todo, sentía que lo peor del pasado y sus muchos retos habían quedado atrás. El aire marino de Jersey, el cambio de ambiente y la reducción de la carga de trabajo le estaban sentando muy bien.

El frente doméstico también se había estabilizado. Graham había llegado a un acuerdo muy razonable con la Sra. Taylor tras su reciente éxito en la investigación. En medio de la perspectiva de una atención mediática muy desagradable para el hotel, Graham había resuelto rápidamente el brutal asesinato de un huésped del White House Inn, cuyo cadáver fue descubierto en la playa. La Sra. Taylor había optado por expresar su gratitud trasladando a Graham a una habitación mejor equipada a un precio muy rebajado.

Cuando llegó por primera vez a Jersey, Graham había planeado encontrar una casa de campo o un apartamento lo antes posible, pero descubrió que la posada le gustaba enormemente. Los

demás huéspedes eran residentes de larga duración como él o estaban de vacaciones. En cualquier caso, el ambiente era relajado. La comunidad que residía en la Posada de la Casa Blanca era una auténtica fuente de solaz y diversión para el inspector Graham. Entabló conversación con facilidad e hizo buenas migas con muchos de los huéspedes habituales, lo que supuso un bienvenido descanso de su trabajo policial. La comida de la posada era excelente, una de las mejores de la isla, y el chef encontraba usos maravillosos para el variado marisco local.

Sin embargo, la amplia selección de tés de la Sra. Taylor era lo más importante para Graham. En los oscuros días anteriores a su partida de Londres, Graham se apoyó en el té. Le había resultado una muleta sorprendente pero eficaz durante su doloroso viaje para evitar la dependencia del alcohol. La tragedia le había llevado al borde de la desesperación y, mientras su matrimonio se desmoronaba, Graham buscaba el olvido. Buenos amigos, un médico excelente y el apoyo de la Policía Metropolitana le habían ayudado a salir adelante. Sin embargo, una vez resuelto un caso de asesinato en su pueblo natal de Chiddlinghurst, a las afueras de Londres, Graham descubrió que sólo le interesaba una salida rápida y completa de la zona y de los dolorosos recuerdos que le guardaba.

Gorey, en grato contraste, estaba resultando idílico, a pesar del asesinato ocurrido en la posada seis semanas antes. Bajo su dirección, los otros tres miembros a tiempo completo de la Policía de Gorey, el diminuto puesto policial responsable de la seguridad pública en esta parte de la Bailía de Jersey, se estaban convirtiendo rápidamente en agentes muy competentes. Graham admitía que el agente Barnwell seguía siendo un zoquete bienintencionado, pero prometía y bebía mucho menos últimamente. El joven agente Roach estaba comprometido con su desarrollo profesional y Graham no podía pedir una segunda al mando más sólida y fiable que la sargento Janice Harding. Con su mano firme en el timón, el suyo era ahora un barco bien dirigido que se había ganado rápidamente la reputación de equipo trabajador y eficaz.

Por encima de todo, Graham descubrió una y otra vez que el té lo mantenía feliz, alerta y contento con su suerte. Mientras miraba desde lo alto del acantilado el mar azul y el cielo que se extendía más allá, se dio cuenta de que poco más exigiría al mundo que una buena tetera de Assam y unas vistas increíbles.

Pero Graham no era un hombre que se pasara el día sentado. Se había propuesto visitar varios lugares históricos de Jersey y su excelente zoo. Se estaba convirtiendo en una especie de historiador aficionado de la zona. El periodo de la Segunda Guerra Mundial en que Jersey estuvo ocupada por los alemanes le interesaba especialmente. Le fascinaba el antiguo hospital subterráneo con su sistema ferroviario incorporado, así como las docenas de posiciones defensivas y torretas que salpicaban la costa y que en su día habían formado parte del Muro Atlántico de Hitler.

Y luego estaba el castillo de Orgueil -que se pronunciaba "Or-Goy"-, la imponente estructura medieval que vigilaba la ciudad como un gigante de piedra dormido. Graham ya lo había visitado dos veces, pero solía encontrar el lugar demasiado concurrido para su gusto una vez llegaban los autobuses turísticos. Los visitantes de Gran Bretaña y Francia se agolpaban en el castillo a ciertas horas del día y, para evitarlos, Graham planeaba presentarse esta mañana justo a la hora de apertura. Con suerte, tendría el lugar para él solo, al menos durante un rato.

Había un autobús que recorría la ciudad, pero no circulaba tan temprano un domingo, así que Graham decidió ir andando. Terminó el té y se levantó de la mesa, mirando el reloj: sólo las ocho y cuarto. Ni siquiera los fieles habían salido aún. El castillo abría sus puertas a las ocho y media durante estas últimas semanas de la temporada turística, y él esperaba ser su primer cliente.

Diez minutos después, Graham llegó al exterior del castillo. El imponente monumento era un complejo amontonamiento de gruesas piedras a caballo entre la funcionalidad y la elegancia. Subiendo a grandes zancadas por el empinado camino de acceso a la entrada, Graham observó señales de las reparaciones necesarias para remendar los efectos de la intemperie a lo largo de muchos siglos. Algunas de las piedras de las almenas lucían un color diferente, más reciente. Al llegar a la puerta principal, Graham se maravilló de nuevo ante la inmensidad de la estructura. Era increíble el tiempo, el esfuerzo y los gastos que habría supuesto -todo ello en la época preindustrial- tallar, transportar y ensamblar la roca que componía el castillo. Las décadas de artesanía necesarias para construir la fortificación dejaban la mente perpleja.

Aparte de las amplias almenas y sus imponentes vistas de Gorey, el Canal y Francia, las partes favoritas de Graham eran los pasadizos. Rematados por gruesos arcos de piedra, estos pasadizos se adentraban en el interior del castillo. Nunca se cansaba de pasear por ellos, imaginando las heroicidades necesarias para construir los precisos arcos que se alzaban sobre él. En la época anterior a las calculadoras y los ordenadores, un ingeniero era, por necesidad, una especie de genio.

No era la primera vez que Graham se daba cuenta de que apenas había una pared recta en el castillo. Recorrió las líneas con la mirada. Debía de haber alguna ventaja militar en los giros constantes y los ángulos extraños. Admiró el laberinto tan bien cuidado y luego se dirigió de nuevo bajo el castillo, siguiendo un pasadizo que pasaba junto a una enorme estatua de bronce de una figura sentada a caballo. Fue entonces cuando lo oyó.

Para un policía experimentado, un grito tiene algo de irresistible. Éste era largo, urgente y de pánico. Una oleada de adrenalina invadió el cuerpo de Graham. Corrió hacia el sonido. Había ocurrido algo terrible y, mientras corría, supo que su plan para un domingo relajado había terminado.

Para conseguir tu copia de ***El Caso del Héroe Caído*** visita el enlace que aparece a continuación:

https://www.alisongolden.com/heroe-caido

LIBROS DE LA SERIE DEL INSPECTOR DAVID GRAHAM



El Caso de la Bella Gritona

El Caso del Amor Oculto

El Caso del Héroe Caído

El Caso de la Muñeca Rota

SOBRE EL AUTOR



Alison Golden es la autora más vendida del USA Today de los misterios del inspector David Graham, una serie de detectives británicos tradicionales, y de dos series de misterio acogedor protagonizadas por la reverenda Annabelle Dixon y Roxy Reinhardt. Como A. J. Golden, escribe la serie de suspense Diana Hunter.

Alison se crió en Bedfordshire, Inglaterra. Su objetivo es escribir historias que entretengan, diviertan y tranquilicen. Su enfoque consiste en combinar ideas creativas con una escritura excelente y editar, editar y editar. La misión de Alison es sencilla: Escribir libros excelentes que hagan que los lectores pidan más.

Alison vive en la bahía de San Francisco con su marido y sus dos hijos gemelos. Divide su tiempo entre Londres y San Francisco.

Para estar al día de las promociones y las fechas de publicación de los próximos libros, suscríbete a las últimas noticias aquí: https://www.alisongolden.com/es

Para más información: www.alisongolden.com/es

alison@alisongolden.com

EL CASO DEL AMOR OCULTO

UN MISTERIO PARA EL INSPECTOR DAVID GRAHAM



Un encantador bed and breakfast. Un asesinato diabólico. Un huésped con un secreto que ocultar...

El prestigioso Lavender Inn, un bed and breakfast de Chiddlinghurst, Inglaterra, tiene una decoración elegante, unos jardines preciosos... y un problema mortal. Norah Travis, una hermosa joven, ha aparecido asesinada en una de sus habitaciones. El detective inspector Graham, un cruzado de la justicia con predilección por el té y un lado oscuro propio, es asignado al caso. Junto con el sargento Harris en la extensa finca, el dúo se pone manos a la obra para resolver el despiadado crimen.

Pero sin testigos ni móvil, su investigación se ve rápidamente envuelta en una red de mentiras y engaños. Los jocosos propietarios, Amelia y Cliff, parecen no tener nada que ocultar, pero no puede decirse lo mismo de su antiguo huésped, Tim. Luego están el ex marido amargado, el ama de llaves de labios herméticos, un anciano temblón... No faltan sospechosos, pero el instinto de Graham le lleva a investigar el misterioso pasado de Norah. Y pronto sale a la luz un secreto atroz...

Un secreto por el que podría merecer la pena matar.

Los personajes y sucesos descritos en este libro son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es coincidencia y no intención de la autora.

Copyright del texto © 2015 Alison Golden Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse, almacenarse en un sistema de recuperación ni transmitirse de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso expreso por escrito de la editorial.

Ilustración de portada: Richard Eijkenbroek

Publicado por Mesa Verde Publishing
P.O. Box 1002 San Carlos, CA 94070

GRACIAS

Gracias por dedicar tu tiempo a leer ***El Caso del Amor Oculto***. Si te ha gustado, por favor, díselo a tus amigos o publica una breve reseña. El boca a boca es el mejor amigo de un autor y se agradece mucho.

Muchas gracias,

